UN DRAMA EN EL TREN

PELÍCULA HABLADA DE CIRCUNSTANCIAS
ESCRITO EN PROSA, EN TRES ACTOS
DIVIDIDO EN CINCO EPISODIOS

POR

MIGUEL ESPAÑA Y RICARDO TOMÁS

VALENCIA
TALLERES TIPOGRÁFICOS «LA GUTENBERG»

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.º de la procedencia

UN DRAMA EN EL TREN

UN DRAMA EN EL TREN

PELÍCULA HABLADA DE CIRCUNSTANCIAS

ESCRITO EN PROSA, EN TRES ACTOS

DIVIDIDO EN CINCO EPISODIOS

POR

MIGUEL ESPAÑA Y RICARDO TOMÁS

VALENCIA

TALLERES TIPOGRÁFICOS «LA GUTENBERG»

ES PROPIEDAD

PERSONAJES

EPISODIO PRIMERO.—**El «cabaret»**

Antonio,	40 años.	Camarero 1.º	
Pedro,	35 »	Guardia 1.º	
Fernando,	35 »	Angelina,	25 años.
Don Blas,	55 »	La Clavellina,	30 »
Gabriel,	50 »	Andrea,	35 »
El Dromedario.		La Rubia,	28 »
Roberto.			

Camarero 2.º, pollos bien y tanguistas que no hablan.

EPISODIO SEGUNDO.—**La churrería del 113**

Antonio.		Damián,	45 años
Pedro.		Pepe.	
Luciano,	40 años.	Clavellina.	
Andresín,	28 »	La Piquitos, golfilla,	15 »
Fernando.		El Pelanas, golfillo,	14 »
Antón,	60 »	Una voz.	

EPISODIO TERCERO.—**La tragedia en el expreso**

Anselmo,	45 años.	Luciano.	
Antonio.		Una voz.	
Pedro.		Otra voz.	
Fernando.			

EPISODIO CUARTO.—**La Redacción de LA TARDE**

Pedro.	Rodríguez.	La Piquitos.
Dromedario.	Carlos.	El Pelma.
Ernesto.	Periodista 1.º	El Pelanas.
Juanito.	Ordenanza.	Regente.

EPISODIO QUINTO.—**El pistoletazo**

Antonio.	Policía 2.º	La Piquitos.
Pedro.	Policía 3.º	El Pelanas.
Policía 1.º	Clavellina.	

Varios vecinos que no hablan.

La acción en Madrid. Epoca actual.

Indicaciones del lado del actor.

723037

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

EL "CABARET"

Sala de un "cabaret" de moda en Madrid. Al fondo, mostrador, y delante banquetas altas; anaquelería con botellas de vino y licores, aparato de cervezas, etc. En el ángulo derecho, puerta cerrada por un cortinaje, tras del cual se supone el salón de baile, y en el cual tocará una orquesta cuando se indique en la acotación correspondiente.

Mesitas, sillas, espejos y todo cuanto es usual en uno de estos establecimientos, como, por ejemplo, "Maxim's". Varias mujeres, elegantemente vestidas, fuman y alternan con los pollitos y "gallos" que ocupan las mesas, teniendo el servicio de consumación delante, unos de café y los más de licores, coñac, ajenjo, etc.

Entre las mujeres habrá una, muy rubia, sentada sola a una mesa, y otras indiferentes, que no hablan.

Al lado de la mesa que ocupa la rubia, a otra mesa, estarán sentados Antonio, Pedro, Gabriel, Roberto, y uno más que no habla. En el mismo grupo, sentada, como todas, con el natural descoco, estará Andrea, mujer bella, de tipo gitano, guapa y elegante como las demás.

Dos camareros, que van y vienen sirviendo lo que se supone les piden los parroquianos.

Son las tres de la mañana. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

Al levantarse el telón se oyen los últimos compases de un fox-trot, y por la puerta de comunicación al salón de baile entra Fernando, que es un joven como de treinta años, bien portado y de tipo aristocrático. Lleva del brazo a Angelina, que es casi de su edad, guapa y vistosa, que va riendo exageradamente.

FERNANDO.—¡Vamos, chica! ¡No rías de ese modo, que no ha sido para tanto!

ANG.—¡Es que has estado bueno, pero bueno! (*Sigue en su risa, y de pronto se fija en la rubia.*) Pues, mírala. Ahí la tienes. ¿Quieres que te la presente yo misma?

FERN.—¿Serías capaz?

ANG.—¿Y por qué no? ¿Crees que estoy enamorada de ti hasta el punto de sentir celos?... ¡Tiene gracia! ¡Celos! Las mujeres que venimos a estos sitios no podemos, no tenemos derecho a sentir celos...

FERN.—No sé por qué. ¿Es que tú no tienes corazón? ¿No te crees capaz de enamorarte? (*Ella hace una afirmación con la cabeza.*) ¡Pues, entonces! El amor y los celos van tan unidos por el mundo como la luz y el sol, como la nieve y el frío. Los celos son un síntoma del amor, quizá el más evidente, y desde luego, el más doloroso de esa enfermedad tan general...

ANG.—Dices bien, chico. El amor es una enfermedad; algo así como el sarampión. Todos lo pasamos, más pronto o más tarde; a unos les deja señales y dolores para toda su vida...

FERN.—Y a otras, y digo otras, porque esto ocurre más

frecuentemente a las mujeres que a los hombres, les dura unos días, un mes o un año, y luego..., tan buenas y tan sanas.

ANG.—Pues, según dicen, tú no puedes quejarte de las mujeres...

FERN.—Ni me quejo.

ANG.—Bueno; menos filosofías y más coñac. ¿Me convidas?

FERN.—Eso no se pregunta. (*Se sientan en otra mesa, al lado de la que ocupa la rubia.*) ¡Camarero! (*Por la puerta que se supone da a la calle entra un individuo gordo, muy alhajado y retocado, con tipo de pueblerino, labrador ricacho. Se queda mirando a Angelina, y ésta le sonríe. Entretanto, Fernando observa atentamente a la rubia, y ésta también le mira de soslayo.*)

CAM. 1.º—¿Qué desea usted, don Fernando?

FERN.—A ver lo que quiere tomar ésta. Yo pediré luego, ahí con los amigos. (*Notando el martingala y timos de Angelina.*) ¡Chica! Pero oye tú, Angelina, ¿es que te vas a timar con otro, estando conmigo?

ANG.—¡Pero si tú no me quieres para nada! Un rato de baile..., media de Agustín Blázquez..., una copa de coñac o de chartreuse, y hasta otro día.

FERN.—¿Y mi dignidad?

ANG.—¡Aguanta! ¿Has dicho dignidad? (*Con arranque, al camarero.*) Tráeme una copa de Domecq Fundador.

CAM.—¿Nada más?

FERN.—Luego le traerás el amoníaco. Porque con ésta, son ya ocho las copas que te metes entre pecho y espalda.

ANG.—Y todas de Fundador.

FERN.—De Fundador de pítimas.

ANG.—¡Pero como no me las bebo! Ya ves, cuando tú me dejes me voy a ir con ese paleto. Pues ese

se deja aquí esta noche lo menos veinte duros. ¿A qué está una?

CAM.—(*Sirviéndola.*) Ahí va. ¡Y que la acabo de descorchar para ustedes!

FERN.—(*Alargándole una moneda.*) Toma, y cobra. (*El camarero le da la vuelta, y él, atento a la rubia, le hace un gesto con la mano, como indicándole que la guarde de propina.*)

CAM.—Gracias, don Fernando. (*Se va con la botella.*)

AND.—(*Que había estado hablando y riendo con los cinco del grupo.*) No sé si *me se* habrá olvidao; pero antes sabía yo echar las cartas y desir la buenaventura. Era una chavalilla de apenas dose años, y ya andaba yo de la mano de mi madre por el Albaisín y la Alhambra, sacando *barés* a esos tíos flacos y esaboríos que van allá desde la América, la Inglaterra y otras naciones, para ver las cosas buenas de Graná.

¡Ay, Graná mía!...
¿Ya no vorveré a verte
más en la vía?

ANT.—Déjate de coplas, y dime la buenaventura. (*Alargando la mano derecha.*)

AND.—(*Abriéndole la mano y viendo que está vacía.*) Quita de ahí, siprés aburrío. (*Dándole un manotón.*) ¿Tú crees que yo adivino el porvenir así, de rositas? Si quieres saber lo que te aguarda, pon en tu mano una monea, que, siendo de ti pa mí, no pué ser menos que de sinco duros.

ANT.—¿Y dónde voy a encontrar ahora una moneda de oro?

AND.—¡Esaborío! En el Banco, que está bien serquita, las hay a montones. Pero no te aflijas por tan poca cosa, que con tal que el billete sea bueno, lo mismo da el oro que el papel monea.

ANT.—Por cinco duros te adivino yo a ti todo lo que tú quieras. ¡Eres muy carera, Andrea!

AND.—Porque se puede. Después de to, mejor es que no te diga tu suerte, porque, a juzgar por las rayas que tiés en la mano, tú vas a morir con las botas puestas. (*Antonio queda pensativo.*)

GAB.—Sí; jugando al foot-ball.

PED.—¡Quieres callarte ya!

AND.—¡Josús, hijo! ¿Te has asustao? Pues contigo no iba ná, pero ya sabes el refrán: "Dime con quién andas, y te diré quién eres."

PED.—¡Si no estuviéramos tan a la vista de la gente, te daba un guantazo, que te quitaba la gracia de adivinar!

AND.—¡Mirad el Cid Campeador, y qué valiente es pa pegarle a las mujeres! ¡El Señor permita que no vuelva a jugarse en los casinos, más que ar dominó! ¡Así seas empleo del Estado, y siga gobernando el Directorio! Y me voy, que vosotros, los jugaores de oficio, ya se sabe: a los hombres les tiran el pego, y a las mujeres las... pegan. (*Indicando la acción de pegar. Se va a la mesa de Fernando y le saluda, y como se oye de nuevo tocar dentro, sale hacia el salón de baile.*)

FERN.—(*A Angelina.*) ¡Anda, mujer, vete! ¡Estás saltando!

ANG.—Como eres el perro del hortelano, ni comes ni dejas comer. (*Se levanta y se dirige hacia el paleto, que en seguida la invita a sentar y llama al camarero con grandes palmadas, que hacen volver la cara a todos y fijarse en él. El camarero, que, en cuanto vió levantarse a Angelina y dirigirse a él, estaba preparado, llega a la mesa en un vuelo.*)

D. BLAS.—Siéntese usted, niña, y tome lo que quiera. Para usted está todo pagado.

ANG.—Gracias. (*Se sienta y saca un egipcio, ofreciéndole otro al paleto.*)

D. BLAS.—No, hija mía. A mí me das tú el opio, sólo con mirarme.
CAM.—¿Qué desean los señores?
D. BLAS.—Pida usted por esa boca.
ANG.—Pues allá va. Una de Fundador.
CAM.—¿Copa?
ANG.—¡Qué cosas tienes! Una botella.
D. BLAS.—Te advierto que yo no bebo.
ANG.—Pero esta noche, sí. (*Al camarero.*) Pronto, que tenemos prisa. ¿Verdad?
D. BLAS.—Iremos a cenar.
ANG.—A la Cuesta.
D. BLAS.—(*Queriendo bromear.*) Mira que yo estoy gordo y me canso al subir.
ANG.—¿Y para qué están los taxis? (*Siguen hablando muy animadamente, bebiendo después, cuando el camarero les sirve.*)
GAB.—(*A Antonio, que está como preocupado.*) ¿Qué te pasa, hombre?
ANT.—Nada.
PED.—Esa bruja, que le ha hecho mal de ojo.
FERN.—(*Que se ha ido acercando al grupo, saluda y se sienta.*) ¡Pues mira, a mí me ha hecho gracia!
GAB.—Pero eso tampoco es... Porque decirnos a nosotros que ojalá no vuelva a jugarse en los casinos más que al dominó...
PED.—¡La muy...!
FERN.—¿Alguno de vosotros conoce a esa mujer? (*Por la rubia.*)
GAB.—Yo, no. ¿Pero sabes quién puede decírtelo? Luciano.
FERN.—¿El que estuvo de pagador en el Círculo Antillano?
GAB.—El mismo. El otro día los vi juntos en la plaza de Herradores.
FERN.—Por cierto que hace días que no le veo.
PED.—¡Está pasando una crujía!... En este oficio, ya se

sabe, lo que se gana en un lao se va uno a perderlo en otro, y... en paz.

FERN.—En paz y jugando.

GAB.—Eso quisiéramos nosotros... ¡Y jugando! Y que esta situación no tiene visos de acabarse pronto.

FERN.—Mientras manden los que mandan, no os hagáis ilusiones.

PED.—Va a ser menester ir buscando oficio.

GAB.—¡Pues están buenos los oficios! Hoy no viven más que los acaparadores.

FERN.—Se busca un empleo.

PED.—¡Que también están buenos! ¿Cuánto ganas tú en Correos?

FER.—Cuatro mil pesetas al año, con descuento, cédulas, etc., etc...

ANT.—Para morirse de hambre. Y tú, menos mal, porque eres soltero.

FERN.—A Dios gracias. Y que pienso seguir siéndolo muchos años.

GAB.—Nadie puede decir "de esa agua no beberé".

FERN.—Es que yo, cuando tengo sed, bebo coñac o ron.

PED.—Ten cuidado. ¡Mira que son bebidas fuertes! (*Bromeando.*)

FERN.—Con beber a sorbos, y de tarde en tarde...

PED.—Pues me parece a mí que como esa rubia quiera, tú te atragantas. (*Todos ríen.*)

FERN.—Yo, como decía antes Angelina, ya he pasado el sarampión.

GAB.—¡Mira no vaya a darte ahora la escarlatina!

DROM.—(*Es un vendedor de décimos, jorobado, que habrá entrado momentos antes de la calle. Lleva en la mano algunos billetes y décimos de Lotería. Va de mesa en mesa, ofreciéndolos.*)

FERN.—¿Y dices tú que Luciano la conoce?

GAB.—Con preguntárselo a ella, sales de dudas; pero, (*siguen hablando*), en fin...

DROM.—(*A D. Blas y Angelina.*) ¡El gordo! ¡El de la

suerte! ¿No quiere usted dinero? Compren un decimito.

D. BLAS.—(*A Angelina.*) ¿Quieres que juguemos? Te regalo un décimo.

ANG.—¡Olé! (*Al vendedor.*) Oye, Dromedario. ¿No llevas un capicúa?

DROM.—El 07070. ¡Y poco bonito que es!

ANG.—¡Pero, ya sabes! Si no, no hay compra.

DROM.—Sí ya están todos pasaos por la espalda...

ANG.—No le hace. Déjame que lo haga yo.

DROM.—Que no, mujer, que luego todos quieren hacer lo mismo, y las americanas se me rompen por ese lao.

ANG.—(*A D. Blas.*) Si no deja que le pase los décimos por la giba, no se los compres...

D. BLAS.—Anda, hombre. Te daré una peseta de propina.

DROM.—Bueno. Por ser para usted... (*Angelina toma los décimos y se los restrega en la joroba del vendedor. Cobrando el dinero que le alarga D. Blas.*)

ANG.—A ver si me toca el gordo.

DROM.—(*Con picardía, señalando al paleto, que como ya se ha dicho, es muy grueso.*) Yo creo que sí, que te toca el gordo. ¡Pero..., allá ustedes! (*Vase a la mesa de la rubia.*)

FERN.—(*Al Dromedario.*) ¿Te queda algún capicúa?

DROM.—Este que le ofrecía a esta señorita. El 15551. Suma 17 y tiene tres cincos. Un décimo nada más me queda. (*A la rubia.*) ¿Por qué no lo juegan a medias?

FERN.—(*Aprovechando, se acerca y se sienta a su lado.*) Si me lo permite esta señorita.

LA RUBIA.—Pero yo pago mi parte.

FERN.—(*Al Dromedario.*) Tú, trae, y toma. (*Cogiéndole el décimo y dándole el dinero.*) Que nosotros nos arreglaremos.

DROM.—(*Guardándose el dinero.*) Amén. Que quiere decir "así sea".

FERN.—(*En plan galante.*) Así será. (*Vase el vendedor. Vuelve a sonar la música, y casi todos, incluso Angelina y D. Blas, entran al baile, quedando fuera tan sólo Antonio y Pedro.*)

PED.—(*A Antonio.*) Ya se enganchó ese. ¡Es el amo!

ANT.—Allá él; pero volvamos a lo nuestro. ¿Qué te dijo el contratista del Centro Internacional?

PED.—Que todos los esfuerzos hechos cerca del Gobierno han sido inútiles; que él se va a dedicar a la usura, que produce tanto como el juego, y que nosotros hagamos lo mismo.

ANT.—¡Lo mismo! ¡Como él tiene dinero! ¡Pero nosotros!... A mí me cogió el cierre con tres fichas de a duro en el bolsillo.

PED.—Pues a mí, ni eso. Gracias a que tenía algunas alhajillas...

ANT.—Yo te digo que no sé qué hacer. El otro día creí que ya estaba colocado en una tienda, y en cuanto se enteraron de que había sido *croupier*, se negaron a admitirme. Y te lo digo en verdad, por mí no lo siento tanto como por ella..., por mi pobre Clavellina. Del arroyo la recogí, cuando andaba vendiendo flores por los cafés, y si ya no estamos casados, es porque ella no estaba limpia... ¡Había rodado tanto sola por esas calles!

PED.—¿Y qué piensas hacer?

ANT.—No sé. A mi madre la tengo frita a sablazos. Pero la pobre no tiene.

PED.—¡Pues yo creía que tu padre estaba en buena posición!

ANT.—Estuvo. Pero, de todas maneras, sería lo mismo, porque desde que me escapé de mi casa, no ha querido saber nada de mí. ¡Cuidado que mi madre y mis hermanas le han pedido y suplicado por mí; y él firme en sus trece! Yo mismo le escribí algunas cartas al principio; pero nada me contestó. ¡Si esa energía la hubiera empleado conmigo cuan-

do era niño! (*Una pausa. Antonio vuelve a quedarse pensativo.*)

PED.—¿Piensas aún en lo que te ha dicho esa gitana mala sombra?

ANT.—No sé. (*Con resolución.*) Está visto. No habrá otro remedio...

FERN.—(*Que había estado hablando con la rubia.*) Pero no seas tonta, mujer. Si quiero yo regalártelo.

LA RUBIA.—No insistas, El dinero de la Lotería es sagrado, y hay que pagarlo. De otro modo, no toca.

FERN.—Como quieras. Pues te convido a cenar.

LA RUBIA.—Eso ya es otra cosa. Pero es el caso que estaba esperando a un amigo.

FERN.—Mañana le verás. Anda, vámonos.

LA RUBIA.—Pero ¿y si viene el otro?

FERN.—Que espere sentado. (*Vanse los dos riendo.*) Tomaremos un auto. (*Mutis hacia la calle.*)

AND.—(*Saliendo del salón de baile, se dirige a la mesa en que están Antonio y Pedro.*) ¿Me convidáis?

ANT.—¡Quita de ahí!

PED.—Yo te convidaría a ti a... (*con gesto amenazador*), a bailar, pero en una cuerda, y colgada de un árbol...

AND.—(*Marchándose.*) Así te verás tú, ladrón, que tienes el cuello hecho a la medida de la horca. (*Vase.*)

PED.—(*A Antonio, confidencialmente.*) Conque ya sabes. No hay más remedio que vivir. Que se mueran de hambre los que quieran, que yo no he nacido para eso.

ANT.—(*Vacilando.*) Pero eso es muy fuerte. ¿Y si se descubre todo?

PED.—¿Tú no has jugado a una carta muchas veces todo lo que tenías?

ANT.—Pero no es lo mismo. ¿Y si se resisten? ¿Y si hay que...?

PED.—¿A qué ponerse en lo peor? Todo saldrá bien, si

bien se plantea. Conque, dentro de dos horas, en la churrería del 113. ¿Estamos?

ANT.—Iré. ¿Están ya todos avisados?

PED.—Todos. Ayer estuvimos recorriendo el itinerario y preparando las cosas. ¡No tengas cuidado, hombre! ¡Pues no eres tú pusilánime ni nada!

ANT.—Es que... (*Entra Luciano.*)

LUC.—(*Al verlos, se acerca al grupo con aire y gesto misterioso.*) (*A Pedro.*) ¿Estamos de acuerdo?

PED.—De acuerdo. Falta acabar de convencer a Fernando.

LUC.—De eso que se encargue Andresín.

ANT.—¿Si sospecha?...

LUC.—(*Con resolución.*) ¿Lo crees tonto? Yo ya sé todo lo que tenía que saber del uno y del otro.

PED.—¿Sabes quién ha estado ahí esperándote?

LUC.—¿Quién? ¿Susana?

PEDRO.—La misma. Por cierto que se ha ido con él.

LUC.—¿Con quién?

PED.—Con Fernando. Hace un momento que salieron.

LUC.—Pues lo siento.

ANT.—¿Tienes celos?

LUC.—¡Hombre! No es eso. Es que en estos días no nos conviene que la Susana alterne con Fernando. Por lo demás, están los tiempos malos y hay que buscar dinero como sea. ¿Lo oyes tú, Antonio? Como sea.

PED.—Y que no se te olvide.

LUC.—En marcha.

PED.—Vamos a buscar a Andresín.

LUC.—Irá a la churrería.

ANT.—En fin; la suerte está echada. Adelante, pues.

TODOS.—Adelante. (*Mutis hacia la calle. Por la puerta del salón van saliendo en parejas los que antes entraron, y entre ellos Gabriel y Roberto, D. Blas y Angelina. D. Blas trae media en las agujas. Vamos, que tiene una cogorza de las de padre y muy señor mío.*)

GAB.—(*Por Blas.*) ¡Fíjate en ese cachalote!

ROB.—La ha pillado con Fundador.

D BLAS.—(*A Angelina. Muy sentimental y condolido.*) ¿Qué gusto le sacas a esta vida? ¡Con lo bonita que tú eres!

ANG.—(*Rechazándole.*) ¡Pues sí que te ha dao sentimental!

D. BLAS.—(*Casi llorando.*) Es que me da pena que una muchacha tan guapa... ¿He dicho guapa? Sí, guapa. Que una muchacha tan buena... ¡Porque tú eres buena, muy buena! ¿Verdad que eres buena?

ANG.—Buenísima.

D. BLAS.—Mira *me* se está ocurriendo una idea. ¿Por qué no te confirmas?

ANG.—¿Qué dices, hombre?

D. BLAS.—Que debías ir a que te confirmaran, que te pusieran Magdalena y arrepentirte.

ANG.—No está esta Magdalena para tafetanes.

D. BLAS.—Te advierto que en el pueblo lo pasarías bien. Hay castaños..., pinos y almendros...

ANG.—¡Vamos! ¡Calla ya, pelmazo!

D. BLAS.—(*Saliendo hacia la calle, deja paso a Clavellina, que entra con ansiedad buscando a alguien. Penetra en el salón, volviendo a salir.*) Hala, a dormir, amigo Blas. (*Por él mismo.*)

ANG.—¿Tan pronto?

D. BLAS.—(*Ya desde la puerta.*) Y que no se admiten discusiones. Lo dice Blas, y punto redondo. (*Vase.*)

ANG.—(*A Gabriel y Roberto.*) ¿Se fué Fernando?

GAB.—Ya deben estar, él y la rubia, cerca de la Cuesta.

ANG.—¿Os quedáis? Pues, abur. Que me espera mi hombre...

CLAV.—(*Acercándose a Gabriel. Con angustia.*) ¿Conoce usted a un tal Antonio, que fué *croupier?*

GAB.—¿Antonio Ortiz?

CLAV.—Sí, ese. ¿Lo han visto ustedes por aquí? Hace dos días que no va por casa, y estoy con cuidado.

ROB.—Aquí estuvo. Con unos amigos se fué.

CLAV.—¡Dichosos amigos! Ustedes perdonen. (*Se va medio llorando.*)

GAB.—¿Vamos a la calle?

ROB.—Como aun es temprano, nos entretendremos jugando al giley en San Millán.

GAB.—Pero no hagas las señas tan poco disimuladas. El camarero de la tertulia se ha escamado.

ROB.—Porque tú no guipas lo bastante. ¿Te acuerdas cuando te hice la seña de que fueras? Pues, na, que no me entendías, y el tío panoli iba en farol. (*Se van hablando. Se oyen voces en la calle, y entra Blas, seguido de un guardia.*)

D. BLAS.—Sí, querido guardia. Aquí ha debido ser. ¡Más de mil plumas que llevaba en la cartera!

GUAR.—¿No será una obsesión alcohólica?

D. BLAS—Le digo a usted, guardia, que no. Que yo la llevaba aquí. (*Señalándose el bolsillo interior de la americana.*) Y que yo no estoy borracho,, ¿sabe usted? ¿Es que usted cree que yo estoy borracho? ¿Lo cree usted?

GUAR.—Bueno. Vamos primero a la Casa de socorro, y aluego depondrá usted ante el señor Comisario.

D. BLAS.—¿A la Casa de socorro? Pero si yo no he pedido socorro. Si yo lo que he pedido es auxilio. ¿Es que no se me ampara?

GUAR.—(*Empujándole.*) ¿No le he dicho ya que vamos a que le socorran? (*Vanse.*) (*Quedan solos los dos camareros.*)

CAM. 1.º—(*Al camarero* 2.º) ¡Menuda gentecita! En fin, mañana será otro día. (*Comienza a colocar las sillas sobre las mesas canturreando un fox-trot de los que antes han tocado dentro.*)

TELON

CUADRO SEGUNDO

LA CHURRERIA DEL 113

La escena representa una churrería de los barrios bajos, figurando que el fogón está dentro. Varias mesas largas, un mostrador pequeño, sillas bastas, banquetas de madera mugrientas y una pequeña anaquelería con botellas de aguardiente. Sobre el mostrador un lebrillo en el que "se lavan" los vasos y tazas del recuelo. Al fondo, puerta grande que da a la calle, y otra puerta que conduce al obrador y resto del local.

Al levantarse el telón, el señor Antón, dueño y mozo a un tiempo del establecimiento, está haciendo como que "friega" unos vasos. El Pelanas, golfillo típico madrileño, como de quince años, con su lata de colillero, y La Piquitos, socia del mismo y de su propia edad o algo menos, están tomando recuelo con un churro cada uno. El Pelanas da al suyo más coba que si fuera una ensaimada de La Mallorquina.

Ambos, a más de colilleros, son descuideros "honraos".

Es de madrugada, y empieza a clarear el día, pero de modo que la terminación del cuadro coincida con el amanecer. Las paredes están renegridas por el humazo.

PEL.—Antes, con diecito de recuelo y cinquito de churros, tenía uno pa calentarse el estómago; pero ahora, sale uno de aquí como si tal cosa...

PIQ.—Que lo digas, ninchi; pos, ¿y el café? Vamos, ¡mia que llamarle a esto café!... Pa mí que es un mote.

PEL.—¡Y de los churros no hablemos, ca día son más chicos! (*Mojando el churro en el café y chupándole para que no se gaste.*)

PIQ.—¡Y eso que tú lo estiras tóo lo que puedes!... ¡Cuidao, que le estás dando coba!

PEL.—Es que lo que se come de prisa no alimenta...

PIQ.—¡Me parece a mí que estos churros no alimentan ni tomándolos en píldoras!

ANTON.—(*Ya harto de oirlos.*) Es que cada día están las cosas más caras... La harina, el aceite, la sal, el azúcar...

PEL.—(*Con fingido y exagerado asombro.*) ¿Pero de tóo eso tien estos fideos rizaos?

PIQ.—Toma, y otras muchas cosas. Yo, el otro día, me encontré hasta un botón..., y antes me había encontrao en otro churro un pedazo de patata.

PEL.—¡Chico! ¿Pero tú sabes lo que dices? ¿De patata? ¡Pero de eso hará ya mucho tiempo!

PIQ.—¡Claro, hombre! ¡Cuando había patatas!

ANTON.—(*Ya más frito que su sartén.*) ¿Y por qué no os abonáis a desayuno en el Palacio de Hielo?

PEL.—Porque no *me se* había ocurrío, ni a éste tampoco, ¿verdad, tú?

PIQ.—Pero nos ha dao usted una idea. Oye, mejor será, Pelanas, que nos abonemos al Turnié, porque en el Palacio ese debe hacer mucho frío. (*Antón va a replicar, pero desiste, y sigue su lavado. Una pausa. Transición.*) ¿Llevas muchas "colastras"? (*Cogiéndole el bote de lata que él le enseña, vacío.*)

PEL.—Mira; ni muestra. ¿Pero no ves cómo dejan ahora las "colas" los señoritos?... Ves caer una que parece robusta y repleta, te lanzas a cogerla, y luego resulta que es un papel enrollao.

PIQ.—Los emboquillaos, que le dan el camelo a cualquiera. ¡Y como así se ahorran tabaco!...

ANT.—(*Entra muy preocupado, se sienta en un rincón y tira con fuerza un puro casi entero que traía en*

la mano. El Pelanas y La Piquitos se lanzan como flechas sobre él, forcejeando por cogerlo, y siendo más diestra La Piquitos.) Buenos días.

ANTON.—Venga usted con Dios. ¿Qué va a ser?

ANT.—Una de chinchón.

ANTON.—En seguida va. (*Se dirige al mostrador, coge una botella y una copa y se la sirve.*)

PEL.—(*Que aun éste intenta quitar el puro a La Piquitos, sin haberlo conseguido.*) Le partiremos por la mitá. Como buenos hermanos...

PIQ.—Es que si yo que lo he cogío te doy ahora la mitad, no sería tu hermana, sino una prima... tuya. He dicho que nones, y nones.

ANTON.—A ver si no molestáis a este caballero...

ANT.—Déjelos. No me molestan.

(*Antón sale por puerta lateral. Dirigiéndose al obrador. La Piquitos y El Pelanas se acurrucan en dos sillas, echando la cabeza sobre los respaldos y con los brazos cruzados por debajo.*)

PEL.—Oye, que me llames a las cinco y media.

PIQ.—Duerme tranquilo, que voy a poner el despertador. (*Hace como que da cuerda a un reloj. Antonio se levanta. Después de apurar la copa de un trago va a la puerta y mira ansiosamente a la derecha y vuelve a sentarse.*)

PEL.—(*Viendo que La Piquitos se ha dormido ya.*) ¡Pobrecita, ya la ha diñao!

CLAV.—(*Entrando y mirando. Ve a Antonio, y con visible alegría se va hacia él.*) ¡Antonio!... Al fin te encuentro... ¡Qué dos días me has hecho pasar! ¡Como te fuistes con aquellos hombres!

ANT.—Calla y lárgate.

CLAV.—¡Pero, hombre!... (*Suplicante.*) ¿Por qué me echas?

ANT.—Espero aquí a esos amigos. Tenemos que tratar de un asunto... Un negocio excelente...

CLAV.—¡Antonio de mi alma! ¿Por qué no me oyes?

¿Por qué no sigues mis consejos? Deja esas amistades, que van a ser tu perdición, y por lo tanto, la mía... No alternes con esa gente... Estoy segura de que el negocio en que quieren meterte es un mal negocio...

ANT.—¡Calla! ¡Calla! O te... (*Amenazándola.*) ¿Quieres perderme?

CLAV.—Es que tengo miedo..., miedo por ti...

ANT.—La situación no tiene espera. Tú misma me lo has dicho más de una vez en estos calamitosos tiempos, y me lo repetías no hace cuatro días: "Mira, Antonio, que debemos mucho, que ya no hay quien nos fíe, que va a llegar el día que nos quedemos sin comer..., que así no podemos seguir." ¿No me lo has dicho?

CLAV.—Sí; pero...

ANT.—¡Pues, entonces!... ¿Qué es lo que tú quieres?

CLAV.—(*Llorando.*) ¡No lo sé!

ANT.—Busco trabajo a mi manera. (*Acariciándola.*) No pases cuidado. Se trata de un asunto de... juego. Un buen asunto..., y nada más.

CLAV.—¿Por qué no te procuras una ocupación honrada, digna de ti?... Porque tú, Antonio mío, no eres malo, no. Tú me quieres, y el amor de una mujer es algo así como una religión. ¡Anda, vamos a casa! Yo también trabajaré para que no nos falte lo indispensable... (*El Pelanas y La Piquitos roncan a más y mejor. Antón entra, coge un vaso y se entra otra vez para dentro.*)

ANT.—¡Déjame! Ya es tarde. La suerte está echada, y no hay más que seguir adelante. Pero, como te digo, se trata de un asunto de juego... Te lo juro. Vete y acuéstate tranquila. Tenemos que ir de viaje. De modo, que si no vengo mañana, no te asustes. Anda, vete. Que van a venir de un momento a otro esos amigos, y no quiero que te encuentren aquí.

CLAV.—Está bien. Ya me voy. Tú lo mandas, y no hay más que hablar. Pero, que no tardes; mira que voy a estar muy intranquila. No sé por qué, pero tengo los nervios como cuerdas de guitarra. (*Notando un momento de impaciencia en su marido.*) En fin, no te enfades, que ya voy. (*Se dirige a la puerta y duda, como para insistir, volviéndose a él en un gesto suplicante, y al fin sale por puerta foro.*)

ANT.—¡Gracias a Dios! ¡Ea! Valor. Después de todo... (*Viendo al Sr. Antón que entra por puerta lateral con una fuente de churros.*) Oiga, amigo. Venga un churro, y otra de chinchón... Y si no, deme cazalla, que es más fuerte. El amanecer pide alcohol para el cuerpo...

ANTON.—Y que lo tengo superior. ¿Lo quiere usted del bueno..., bueno?

ANT.—Del mejor que tenga.

ANTON.—Pues ahora mismo lo traigo, que lo tengo en la cueva. (*Hace mutis por puerta lateral.*)

ANT.—(*Saca un periódico, se pone a leerlo, y en seguida lo deja. Una pausa. Se queda muy pensativo. Como despertando de su preocupación.*) ¡Bah! ¡Quién cree en brujas a estas alturas!

LUC.—(*Que entra seguido de Pedro y Andresín. Este Andresín es un pollo muy atildado y elegante, pero hombre fuerte y recio.*) ¿Estás hablando solo?

ANT.—Pensaba en voz alta...

AND.—(*Este Andresín, que, como ya hemos dicho, es un pollo elegante, procura disimularlo, llevando subido el cuello del gabán y calada hasta los ojos una gorra a cuadros.*) Ten cuidado, Antonio. El pensamiento no debe nunca exteriorizarse, porque el mal no está en el pensamiento, sino en su exposición. Por eso es siempre peligroso pensar en voz alta, pero en algunos momentos, mucho más. (*Con intención.*) ¿Verdad, Pedro?

PED.—Llevas más razón que un santo. Pero es que éste (*por Antonio*) es un pelanas. Ya lo veréis.

ANT.—¡Oye, tú! Que yo soy un hombre, aquí y en donde haga falta demostrarlo.

PED.—Eso ya lo veremos, y muy pronto. Pero vuelvo a decir que tú tienes más fachada que cimientos. Y lo que hace falta, en... ocasiones..., es decisión..., serenidad..., sangre fría... Todo lo que tenemos los hombres de verdad.

LUC.—Bueno, bueno. A lo que importa. ¿Estáis todos resueltos? ¿No habrá vacilaciones, a última hora, que nos comprometan sin ventaja?

PED.—Por mi parte, creo que no hay que hablar...

AND.—Ni por la mía tampoco. Mi misión quedará cumplida, tal y como la hemos planeado. Yo, por la mañana, prepararé las cosas, y todo saldrá bien. No lo dudéis.

LUC.—Sobre todo, has de enterarte si merece la pena darse el golpe ese día o volver a aplazarlo. Porque pringarse para cuatro cochinos cuartos, no es negocio...

PED.—(*A Andresín.*) ¿Tiene preparado ese amigo tuyo el narcótico y el Jerez?

AND.—Todo está listo desde hace cinco días. Y tú, Antonio, ¿qué haces? ¿En qué piensas?

ANT.—(*Como despertando de un sueño.*) Aquella mujer me ha echado el fallo.

PED.—¡Vamos! ¡Mira que eres idiota! ¿Pues no está preocupado porque una gitana le ha dicho... no sé qué?

AND.—¿Pero tú crees en brujas? ¡Ay, hijo! ¡Jugador habías de ser! No he visto uno de tu cuerda que no sea más supersticioso que siete viejas de la serranía de Córdoba. Pues a mí no, a mí ya me pueden vaticinar la muerte en cinco días, que me reiré del que tal profecía me haga.

ANT.—¡No te burles, Andresín! ¡No te burles, que la realidad da cada sorpresa a los hombres!...

LUC.—Dejad ya esas tonterías, y vamos a lo que importa. Es preciso puntualizar bien todo lo que hay que hacer. (*Siguen hablando en voz baja.*)

PIQ.—(*Despertando y desperezándose.*) ¡Tú, Pelanas! ¡Arriba! ¡Que va a sonar el despertaor!

PEL.—(*Despertando a su vez y desperezándose más exageradamente que su socia.*) ¡Ahhhhh!... ¡Chica, y qué bien se duerme en esta silla-longue!...

PIQ.—¡A ver qué vida! Como que de esto a los sillones-cama de piedra de la escalinata del Hospital General, hay la misma distancia que de mí al rey. Anda, Pelanas, que ya va siendo hora de trabajar...

PEL.—¡Quita de ahí! Las beatas madrugadoras llevan los bolsillos más escurríos que cara de tísico... Las buenas, las señoras "bien", van a rezar de doce a una... ¡Y menudos negocios que tengo yo hechos a esas horas en San Ginés, Las Calatravas y San José!

PIQ.—¡Y yo que nunca logré afanar un bolso con pastizara bastante!

PEL.—Y como no coges más que picos..., pues te llaman "La Piquitos"...

PIQ.—Es que a mí me da mucho miedo robar con tanta luz. Además, creo que afanar un bolsillo con doce o catorce reales, no es pecao...

PEL.—¡Qué ha de serlo!

PIQ.—Pero cuando se roban billetes... (*Se queda callada de repente y mirando con estupor a los cuatro amigos, a los que no había visto antes, porque ellos están en el rincón, y cuchicheando muy en voz baja.*) ¡Ay, Pelanas, que me parece que nos la hemos ganao! ¡Pelanas, Pelanas, que te estoy viendo en la sala de los "Micos" del Hotel de la Moncloa, y a mí en la sala de las "Monas" de la Pensión Quiñones!

PEL.—(*Que tampoco se ha dado cuenta de la presencia de*

aquellos cuatro.) ¿Pero, se pué saber qué es lo que te pasa?

PIQ.—(*Señalándolos con terror.*) ¡Que esos cuatro deben ser de la "poli"...

PEL.—Oye, que me paece a mí que sí... Que tien aire de señoritos... Que deben ser de la "secreta"...

PIQ.—¡Ay, Pelanas de mi corazón!

PEL.—¡Déjate ahora de ternezas y vamos a probar a escaparnos, a ver qué pasa!...

PIQ.—Oye, pero déjame salir antes, que tú corres más que yo..., y tengo miedo..., mucho miedo...

PEL.—(*Con fatuidad.*) ¡Al fin y al cabo, mujer!

PIQ.—Ahora que están muy entretenidos..., pué ser que no nos vean. ¿Salgo ya?

PEL.—En marcha. Echa p' alante.

(*La Piquitos se va acercando lentamente y con disimulo hacia la puerta del foro, y cuando está a un metro o poco más de distancia, sale corriendo como una flecha. Pelanas va al mostrador, haciéndose el valiente, porque no le ven, y en realidad, con tanto miedo como La Piquitos. Y sin perder de vista a los cuatro, que atentos a lo suyo no se preocupan lo más mínimo de él, bebe un vaso de agua y sale muy despacio, haciéndoles una reverencia, a la que nadie contesta. Mutis.*)

PED.—(*A Antonio.*) Ya lo sabes. Y a ver si metes el remo al final. Tú llamas y te das a conocer, y en cuanto abran la puerta, te cuelas y cierras, para que ellos no se aperciban de que éste y yo (*por Luciano*) vamos en el estribo. (*A Andresín.*) Y tú te encargas de conseguir de Fernando que convenza a Anselmo para que le permita a éste hacer el viaje en el departamento del Correo.

AND.—Convenido. Ya le hablé, y por su parte, no hay inconveniente; pero como el otro es el jefe...

LUC.—Pues no hay más remedio que conseguirlo. Lo mejor será que Antonio vaya contigo, para hacer

más fuerza. En fin, el caso es que entre uno, y les largue el Jerez, que..., luego..., Dios dirá...

PED.—(*Riendo cínicamente, lo mismo que Luciano y Andresín.*) ¡O que lo diga el diablo! (*Antonio continúa pensativo.*)

ANTON.—(*Saliendo con una cafetera humeante.*) ¿Quieren ustedes café, caballeros? Está recién hechito. Y que creo que ha salido superior...

LUC.—¡Hombre, sí, señor! Y tráigase también una botella de "matarratas".

ANTON.—¿Cazalla? ¿Chinchón? ¿Del corriente?

LUC.—Cazalla, y del mejor.

PED.—Y denos también una docena de churros. Con el amanecer se abre el apetito...

ANTON.—Una sartén está saliendo ahora. Pero tendrán ustedes que esperar un poco.

ANT.—No hay prisa. De aquí a las cinco...

PED.—(*Cortándole rápidamente y mirándole con gesto amenazador, por su imprudencia probable.*) Pues van diez horas justas.

ANTON.—No tardan nada; ya lo verán ustedes. (*Entra por lo pedido.*)

SR. DAM.—(*Aparece en la puerta, y lleva una "merluza" de las más decentitas y en basto. Detrás entra Pepe el sereno. Don Damián es un honrado menestral del barrio, como de cuarenta y cinco años, y Pepe es un sereno como hay muchos. Al verlos, hacen un movimiento de inquietud Andresín y Antonio, y los otros dos se les imponen con un gesto.*)

DAM.—Pase, señor Pepe. Pase sin cuidado.

PEPE.—(*Resistiéndose e intentando llevarlo a su casa, pues se trata de un vecino de la demarcación serenil*) Gracias, don Damián. Ya le tengu dichu que yo nunca bebu aguardiente a estas horas. Esu está bien pur las mañanas...

DAM.—Sereno, yo creo que usted no está sereno...

PEPE.—El que nu está muy serenu, que digamus, es us-

té... Vamus, siñor Damián, que tengu abandonada la demarcación, y...

DAM.—Mire, Pepe, usted se va a tomar una copita de aguardiente a mi salud, y no se preocupe de la hora que es...

PEPE.—Ya le tengu repetidu que el aguardiente, pur la mañanita, bien tempranu.

DAM.—(*Echándole el brazo por el cuello con esa afectuosidad exagerada y pelmacería de los borrachos.*) Pepe, hijo mío, que va pa treinta años que nos conocemos, y somos amigos, y que yo no estoy tan borracho como tú te figuras! Vamos a ver: ¿tú crees que yo no sé la hora que es? Pues, sí, señó, sí que lo sé. (*Sacando el relcj y arrimándolo al farol de Pepe.*) Míralo: las cuatro y diez. ¿He dicho algo, eh?

PEPE.—¿Hombre, esu nun puede ser? (*Sacando el reloj.*) En este remontoire, que es una sucursal del de la bola de Gobernación, son las seis y cuarto. Es decir, que descontando, si usted quiere, la hora de adelanto oficial...

DAM.—¡Acabáramos, Pepe! Pues resulta que tenemos la misma hora, porque, quitándole la del adelanto, que yo no quise adelantar, y poniéndole a mi reloj otra horita que yo lo atrasé...

PEPE.—Pus no lo entiendu.

DAM.—¿Pero usted no sabe que yo siempre he sido albista? Pues como soy de los leales de don Santiago, pa llevarle la contraria al Gobierno, en vez de adelantar una hora, atrasé otra..., porque mi reloj es mío, y en mi reloj nadie manda, pues me salió de los redaños del alma... ¿Eh? ¿He dicho aigo?

PEPE.—Déjese de coplas, y vamus a dormir...

DAM.—¡Ah! ¿Pero va usted a dormir conmigo esta noche?

UNA VOZ.—(*Dentro y lejana.*) ¡Serenoooooo!

PEPE.—(*Asomándose a la puerta y agitando el farol.*) ¡Vaaa! (*Muy tranquilamente se vuelve adentro.*) Lu que yo quería decirle, mi señor don Damián, es que cuandu el aguardiente se pega bien a la riñonada es pur la mañana, y para mí ahora son, precisamente, las diez de la noche.

DAM.—(*Dándole otro abrazo.*) ¡Haberlo dicho usted antes! ¡Usted es mucho más albista que yo!

ANTON.—(*Saliendo con los churros.*) Aquí están, y bien calentitos. (*Viendo al sereno y a don Damián.*) Hola, Pepe, y la compañía!

DAM.—Una de chinchón, para mí, y otra de...

PED.—(*Adelantándose y cogiendo los churros en una mano y en otra la botella, que, después de cogerla de la anaquelería, le alarga Antonio.*) Vengan. Y ahora la botella. (*Vuelve a su sitio.*)

PEPE.—Antón, dele la copa a don Damián, que si nun me va a tener aquí todu el día. (*Antón se la sirve, y Damián se la toma, relamiéndose.*) Ea. Listus. A la cama. (*Empujándole suavemente, se lo lleva hasta la puerta. Damián se para, coge por los hombros a Pepe y le echa el aliento.*)

DAM.—¿Usted cree que me lo notará mi mujer?

PEPE.—Vamus... Vamus... (*Desde la calle se oye de nuevo.*)

VOZ LEJ.—¡Pepeeeee!

PEPE.—(*También desde fuera.*) ¡Va, hombre, vaaaaa!

ANTON.—Este pobre don Damián siempre viene lo mismo.

PED.—(*A Antonio.*) Anda, hombre, pruébalos, que están buenos.

LUC.—¿Qué se debe?

ANTON.—Pues doce perras de los churros..., quince perras de las copas de ahora...

LUC.—En total...

ANTON.—Una peseta y dos perras.

AND.—Allá van, y dos reales de propina.

ANTON.—(*Acercándose a la luz con desconfianza y miran-*

do la moneda.) Está bien. Muchas gracias, y de salud sirva.

FERN.—(*Aparece en la puerta, y viéndolos, hace ademán de entrar.*) Me he retrasado un poco; pero ya me tenéis aquí. ¡Qué mujer, chicos! ¡Qué mujer! (*Antonio le coge por el brazo y le hace señas. Aparte, a Antonio.*) ¿Pues qué pasa?

ANT.—Que es la amante de Luciano.

FERN.—¡Atiza! (*A todos.*) ¿Qué, nos vamos por ahí?

LUC.—(*Señalando a Antonio.*) Vamos a casa de éste. Allí se está mejor.

ANT.—Es que mi mujer ya se habrá acostado...

LUC.—(*Autoritariamente y grosero.*) Pues que se levante.

PED.—Aquí hay demasiada gente. Andando. (*Al ir a pasar la puerta entra la rubia, que, al ver a Luciano, se queda parada en el quicio. Todos se detienen. Luciano se adelanta y la coge de un brazo con fiereza. Pedro y Andresín le sujetan.*) (*A Luciano.*) ¡Quieto! ¿Qué vas a hacer?

LUC.—(*Deteniéndose en seguida y soltándola.*) Saludar a esta mujer, a la... que... no conozco...

FERN.—A esa mujer... (*Un poco amenazador.*)

LUC.—(*Riendo con gran disimulo y naturalidad para ocultar su exaltación.*) ¿Es cosa de usted? ¡Ah, perdone! No lo sabía... (*La rubia va hacia Luciano, pero Fernando se interpone. Luciano los mira con odio, y sale seguido de los otros. Fernando forcecejea un poco, sujetando a la rubia.*)

FERN.—Anda. Vete a la parada aquella de coches y toma uno. Yo iré luego a tu casa. Anda... (*Sale Fernando.*) (*La rubia le ve alejarse desde la puerta, y después de una pausa echa a andar calle abajo. Queda la escena sola un momento y a cada uno de los lados de la puerta aparecen las caras asustadas de Pelanas y La Piquitos.*)

PIQ.—(*Muy sentenciosamente.*) ¿Quieres que los sigamos?

PEL.—¿Pa qué? Ya lo leeremos en los papeles. Porque esos acaban mal, pero que muy mal... (*Se quedan el uno frente al otro imponiéndose silencio con los dedos en los labios.*)

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

LA TRAGEDIA EN EL EXPRESO

La escena representa el interior de un coche ambulancia de Correos, cuya parte derecha es el fondo. Es decir, que al fondo se ve la ventanilla y portezuela del lado derecho del coche. Encomiéndase a la dirección escénica el mayor cuidado, a fin de que haya la máxima propiedad posible.

A cada uno de los lados, mesitas de batalla, y amontonadas, sacas de correspondencia y los maletines con los valores.

Las luces del techo están encendidas, pues se calcula que son las nueve de la noche.

El tren expreso se supone avanza con la velocidad acostumbrada.

Al levantarse el telón, Fernando y Anselmo, cada uno en su mesa de batalla, van trabajando. Naturalmente, su posición es la de perfil al público, y vuelto de espaldas el uno en relación con el otro.

FERN.—(*Tras una pausa, en la que el público les verá ir apartando cartas y paquetitos y haciendo anotaciones, se levanta, yendo hacia donde se encuentra Anselmo, que sigue su trabajo.*) ¡Chico! ¡Cómo estará Sevilla a estas horas! ¡Me figuro la calle de la Sierpe, cuajada de mujeres hermosísimas, con sus mantillas de encaje que acaban de salir de los armarios, para coronar con su espuma blanca o negra, aquellas caras!... ¡Y qué caras..., qué caras!

ANS.—¡Qué caro cuesta ver esas caras! Tú me envidias, porque voy a Sevilla, y yo casi te envidio a ti, porque no vas. Cuestión de caracteres. Tú eres joven y yo casi no lo voy siendo; tú tienes para vivir con holgura, y yo lucho con ciertas dificultades, por el exceso de obligaciones.

FERN.—Si he de decirte la verdad, no creas que soy tampoco un hombre completamente feliz. Desde luego, que económicamente, me desenvuelvo mejor, porque, como sabes, ni soy gastoso ni tengo grandes ambiciones, y por otra parte, mis necesidades son muy inferiores a las tuyas. Pero eso no quita para que me gustara ir ahora a la ciudad andaluza, cuyo mayor encanto no está en su suelo ni en su cielo, ni en su río, ni siquiera en sus bellezas artificiales y naturales; no, lo mejor de Sevilla es su simpatía, esa alegría inexplicada que está en su alma; créeme, Anselmo: esa ciudad tiene un ama femenina y por ser tan femenina es tan encantadora.

ANS.—(*Riendo.*) Tú siempre tan aficionado a lo femenino. (*Mirando el reloj.*) Las nueve, pronto subirá al coche ese amigo tuyo. El pobre está muy angustiado.

FERN.—(*Sacando la pitillera y ofreciéndole un cigarrillo.*) La verdad es que el desdichado Antonio está desconocido. Siempre triste, pensativo, particu-

larmente de algunos días a esta parte parece más taciturno y ensimismado que nunca.

ANS.—Por eso he accedido a tus deseos permitiéndole que en la próxima parada suba al coche. Según me dijiste no tenía dinero ni para el billete en tercera. Como dices que va a buscar colocación...

FERN.—Si te he de decir la verdad, a mí no me gusta mucho ese hombre, cuya vida anterior, según me han dicho, es una historia un poco dudosa. Desde luego, creo que estuvo procesado, y por robo.

ANS.—¡Pues sí que es un amigo!

FERN.—Creo que desde que se casó ha cambiado mucho.

ANS.—Menos mal.

FERN.—Ella es quien lo ha regenerado a su manera, y dentro de la fisonomía moral de él, porque cuando un hombre se tuerce en la forma que se torció Antonio, no hay manera de andar nunca por caminos reales, quedando condenado a tomar veredas más o menos decorosas; pero veredas al cabo. Mientras hubo juego en todas partes, a él no le faltó nunca un duro en el bolsillo, ni a ella tampoco, pues juntos iban a todas partes; pero llegó el cerrojazo, y... a pasar fatigas y hambres, y a pensar en todo, bueno o malo, con tal de acallar las fatigas y mitigar el hambre. Yo, más que por él, lo siento por ella.

ANS.—(*Volviendo la cara y mirando un poco maliciosamente.*) Tengo entendido que la Clavellina es guapa...

FERN.—¡Psch! No está mal..., no está mal... (*Notando la sonrisa de Anselmo.*) Pero no es por ahí, ni mucho menos. (*Se oye el silbido de la locomotora, como si se fuese acercando a una estación.*) No sé por qué me habéis dado entre todos esa fama de tenorio. Me gustan las mujeres, como a cualquiera, pero ni más ni menos.

ANS.—Un poquillo más... ¿Y de la rubia...?

FERN.—Pero si no ha habido nada. Un paseo hasta la Cuesta, media de Agustín Blázquez, y cada mochuelo a su olivo. (*Una pausa, va a la ventanilla y se asoma al exterior, que se verá muy obscuro, volviendo al lado de la mesa de Anselmo.*) Ya estamos cerca de Aranjuez. ¿Te queda mucho?

ANS.—Aun tengo tarea para rato. Tú, en cambio, has acabado pronto.

FERN.—Casi todo lo que llevo en la expedición va directo a Málaga. ¿De modo que si quieres que te ayude?

ANS.—No, hombre, gracias. Si en media hora he terminado yo también. Descansa si quieres.

FERN.—Pues entonces, voy a echarme un rato, porque anoche no pegué los ojos ni una hora.

ANS.—¡La rubia...!

FERN.—Sí, la rubia..., la rubia, que por poco me cuesta un disgusto, y de los gordos. Figúrate que es la amante de un tal Luciano, jugador de oficio también, y un sinvergüenza de marca mayor. Además, es un chulo y un valiente profesional. Y cuando yo fuí a buscar a Antonio a una churrería, donde me dijo su mujer que se encontraba, la rubia se quedó esperándome en la esquina.

ANS.—¿Y el Luciano ese no estaba allí?

FERN.—Allí estaba con Antonio, con Andresín y otro individuo. Y el caso peor fué que la rubia, se asomó a la puerta y me llamó. En fin, a qué contarte. Mediaron los amigos, y no pasó nada; pero, como te digo, estuvo a punto de surgir un broncazo.

ANS.—Pues con esa gente hay que tener cuidado; porque sacan el revólver o el cuchillo por cualquier cosa.

FERN.—A mí me sale eso por una friolera. Al que yo le dé un puñetazo va servido, y no le quedan ganas de gallear. En fin, me voy a dormir, ya que no quieres que te ayude.

ANS.—Que descanses, Fernando. (*Fernando va a su mesa extiende el camastro y se echa en él, sacando un periódico y poniéndose a leer. Una pausa larga. Vuelve a sonar el silbato del tren.*)

FERN.—¿Aranjuez, no?

ANS.—Creo que sí. (*En la portezuela suenan dos golpes.*)

FERN.—Debe ser Antonio.

ANT.—(*Desde fuera, y después de golpear de nuevo la puerta.*) ¡Anselmo! ¡Fernando! Abran ustedes. (*Fernando, desde el camastro.*) ¿Le abres tú?

ANS.—Sí; no te molestes. (*Fernando sigue leyendo. Anselmo se levanta y va a la portezuela, que abre, casi sin mirar, y se vuelve a su sitio. La puerta se abre a medias, y por ella aparece el rostro, un poco descompuesto, de Antonio; pero tenga cuidado el actor de no caracterizarse demasiado de asesino de teatro. Lleva en la mano un pequeño maletín, un portamantas y una botella de Jerez, ya descorchada, pero tapada.*)

ANT.—(*Volviéndose sin cerrar del todo, y como vacilante. Suena el silbido, figurando que el tren se pone de nuevo en marcha.*) Buenas noches.

ANS.—Buenas.

FERN.—¡Hola, Antonio! (*Sigue en su lectura.*)

ANS.—(*Notando que va la portezuela abierta a medias, sujetándola Antonio con la mano que tiene libre.*) ¿Qué hace usted? Cierre esa puerta, que con la corriente de aire que desarrolla el expreso, se me van a volar estos papeles.

FERN.—(*Un poco azorado.*) ¡Ya, ya voy!... (*Cierra la puerta corriendo el pestillo, pero sin echar la manivela de seguridad, que va por dentro.*)

ANS.—Deje eso por ahí y siéntese donde quiera o charle un rato con Fernando, mientras yo termino. Ya me queda poco, afortunadamente, porque he trabajado de prisa.

ANT.—(*Colocando la botella de Jerez sobre la mesa de Anselmo.*) Yo no he cenado aún, ¿y ustedes?

FERN.—Yo cené antes de salir, como es mi costumbre. Luego, de madrugada, me tomaré un piscolabis; una taza de café, en Bobadilla, y hasta Málaga.

ANS.—Yo cenaré cuando acabe esto.

ANT.—Pero eso no quita para que se tomen ustedes una copita de manzanilla; es de Argüeso. (*Cogiendo la botella.*) ¿Hay por ahí algún vaso?

ANS.—Tome usted. (*Alargándole uno que saca del cajón.*) Pero déjelo. Luego, más tarde, beberemos y cenaremos.

ANT.—No, no. Que el vino se enfría. Hay que ganar tiempo, porque, como ustedes saben, yo me quedo en Andújar.

FERN.—Pues tenemos tres horas por delante, o más.

ANS.—Sí, hombre. Espérese, por lo menos, a que yo termine la tarea.

ANT.—Me van ustedes a permitir..., una copa nada más. (*Llenando el vaso hasta el borde y alargándolo a Anselmo, que lo bebe hasta la mitad.*)

ANS.—Gracias. No está malo.

ANT.—No, no. Tiene que ser todo. No se admiten excusas. Esta botella es para ustedes dos. La he comprado yo para obsequiarles por la atención que han tenido conmigo, dejándome hacer el viaje en este coche. (*Insistiendo en darle el vaso a Anselmo, que al fin lo apura.*)

ANS.—(*Haciendo un gesto.*) No sé qué gusto sacan a esto los borrachos. Yo, en cuanto me tomo más de medio dedo, me repugna.

ANT.—(*A Fernando. Yendo hasta el camastro.*) Ahora usted. (*Volviendo a llenar el vaso y alargándoselo. Fernando deja caer el periódico que leía y coge el vaso, llevándoselo a los labios.*) ¡Arriba! (*Fernando vuelve a beber y Antonio se va derecho a Anselmo otra vez. Fernando, de modo que lo vea*

el público, echa de la boca una cantidad del vino que bebió últimamente.) ¿Otro poquito?

ANS.—¿Usted quiere que yo me emborrache? No, hijo; luego beberemos más. (*Antonio mira al trasluz la botella, la tapa y la mete en su maletín.*)

FERN.—(*Volviendo a coger el periódico.*) Me estoy cayendo de sueño. Perdone usted, Antonio, pero ya sabe que anoche no me acosté.

ANT.—Nada, nada, a dormir. ¿No faltaba más? Yo también me echaré un rato sobre cualquier saca. (*Una pausa. Anselmo sigue trabajando, Antonio se muestra inquieto, acercándose a la portezuela, abriendo el cristal y mirando hacia la derecha con ansiedad. Mira receloso, a ver si le están mirando los otros dos. Fernando deja caer el periódico al suelo, disponiéndose a dormir.*)

ANT.—(*Que al caer el periódico ha vuelto la cara hacia aquel lado, con gran inquietud.*) Ese ya se ha dormido. ¡Pues sí que tenía sueño!

ANS.—(*Pasándose la mano por la frente.*) Pues yo, de buena gana hacía lo mismo. Me ha entrado una pesadez de cabeza, con tanto número..., y el vino. En Madrid no se bebe vino. Todos éstos son compuestos. ¿Qué hace ahí en la ventanilla?

ANT.—(*Cerrándola precipitadamente.*) Nada. Que hace una noche excelente. Ya se va acercando el verano... (*Yéndose hacia donde está Anselmo...*) Pero obscura..., muy obscura... A dos pasos no se ven los dedos de las manos... (*Anselmo dobla los brazos, cruzados sobre la mesa en que trabaja y apoya la cabeza encima. Antonio le mira con gran ansiedad, observándole durante un momento. Lo mueve, a ver si se despierta, pero Anselmo queda inmóvil y en la misma postura. Antonio va hacia Fernando y le observa atentamente.*) Este va bien. (*En seguida se dirige a la puerta, y cuando va a abrirla se oye el silbido de la locomotora, indican-*

do que el tren pasa vertiginosamente ante una estación. Antonio cierra y vuelve a entreabrir la puerta, cuando se supone que ha pasado. Se asoma sacando el cuerpo y mirando hacia la derecha.) Vamos. De prisa. Con cuidado. (*Se aparta a un lado y aparecen las caras de Luciano y Pedro, que después de echar una ojeada de recelo al interior, suben precipitadamente, y Antonio cierra el coche y corre el llavín y el pestillo. Los otros dos reconocen rápidamente el terreno y se reunen en el centro del coche con Antonio, que, como decimos, quedó cerrando la portezuela.*)

LUC.—¿Se lo tragaron?

ANT.—Un gran vaso cada uno. Ya tienen lo menos para cinco o seis horas.

PED.—¿Y estás seguro de los efectos de la droga?

ANT.—Luciano y el americano la han preparado.

LUC.—Por esa parte, todo está bien estudiado, y no hay peligro. Tienen para un rato largo.

ANT.—No hay que perder tiempo, que Andresín nos espera con el automóvil en Alcázar. Y de allí..., a la frontera.

LUC.—(*Que se habrá acercado a Anselmo, le observa atentamente. A Antonio.*) Oye: ¿cuántos papelillos echasteis en la botella?

ANT.—Tú sabrás.

LUC.—Yo se lo encargué al americano, que sería quien te dió el Jerez...

PED.—¿Por qué lo dices?

LUC.—Porque este hombre no está bien narcotizado..., y...

ANT.—Pues sería un contratiempo que despertaran antes de lo debido...

PED.—¡Ea! Manos a la obra, que el tiempo vuela, y se van los minutos como si tuvieran alas. ¡Y ya veis, un minuto de pérdida, puede costarnos unos miles de pesetas! (*Se va al maletín y saca unas cuerdas para atar a los narcotizados, y una llave*

inglesa.) Lo primero, es lo primero. Vamos a coger los valores y las alhajas. (*Va a disponerse a hacerlo.*)

LUC.—¡Quietos! (*Antonio se detiene. Sigue mirando atentamente a Anselmo, y colocándose detrás de él, alza la mano, armada de una llave inglesa, y descarga un golpe sobre Anselmo, que se va a incorporar, y cae desplomado.*) ¡Este ya no habla!

ANT.—(*Con terror, al darse cuenta de lo que ha hecho Luciano.*) ¿Qué has hecho?...

LUC.—(*Con gran cinismo.*) Ya lo ves: cerrar una boca. Ahora vamos con el otro... (*Se dirige hacia Fernando, que sigue echado en el camastro y dormido, y le da otro golpe en la cabeza. Al sentirlo, Fernando se incorpora como borracho, pues no hay que olvidar que está narcotizado, aunque menos que su compañero, porque echó una bocanada de Jerez, y se apresta a la defensa. Suena el silbato de la locomotora, indicando que van a pasar frente a una estación.*)

PED.—¡Fuera la luz! ¡Pronto!

LUC.—¡Apagad! ¡Apagad!

FERN.—¡Asesinos!

(*Antonio se apresura a apagar la luz. La escena queda a obscuras durante unos segundos, oyéndose la lucha titánica. Suena un disparo, y se siente el cuerpo de Fernando que cae, y en seguida otro disparo.*)

LUC.—Esto se acabó. Luz. (*Antonio da luz, y se ven los cadáveres de Anselmo y Fernando, que los asesinos cubren con las sacas, de modo que en el resto del acto no se vean por el público. Todo esto ha de hacerse con rapidez y en silencio.*)

PED.—(*Que habrá ayudado a la macabra tarea.*) Listos.

LUC.—Andando. Vamos a lo que importa.

(*Antonio va rompiendo sobres y cajas febrilmente, y entregando dinero y alhajas a los otros dos, que*

los van guardando en el maletín. Las alhajas las sacan de las cajitas de madera y de los estuches, que van arrojando al suelo.)

LUC.—¡Mal negocio! Esto no merecía la pena. ¿No decía Andresín que hoy iban en la ambulancia muchos millones?

PED.—(*Señalando a los asesinados.*) No hemos debido dar el golpe sin contar con uno de esos, por lo menos. ¡Esto ha sido un fracaso!

ANT.—Busquemos... ¡Tal vez los llevasen escondidos!

LUC.—No se fiarían de ti. Y como sabían que ibas a entrar en el coche correo... (*Durante todo esto siguen buscando ansiosamente y recogiendo dinero y alhajas.*)

ANT.—(*Mirando febrilmente y con ansiedad el reloj.*) ¡Las once!

LUC.—¡Pronto! ¡Aprisa! ¡Que sólo disponemos de cinco minutos escasos!

PED.—¡Debimos obligar a Andresín a venir con nosotros! El, que conoce todo esto...

ANT.—¿Y qué hacemos ahora?

LUC.—¡Ya lo decidiremos! Lo importante es borrar todo rastro de nuestras personas.

ANT.—(*Con ansiedad y miedo.*) ¿Tardaremos mucho en poder ganar la frontera?

LUC.—¿Quién piensa en eso? Lo mejor es volvernos a Madrid, y allí decidiremos. Los acontecimientos nos marcarán el rumbo que haya que tomar. (*Mirando también su reloj.*) Sólo faltan cinco minutos... ¡Ea! ¡Se acabó esto! No hay tiempo para más. (*A Antonio.*) Cierra el maletín, y mucho cuidado con él. (*A Pedro.*) Tú, toma el portamantas.

ANT.—(*Sacando la botella del maletín y arrojándola a un rincón.*) ¿Para qué queremos este peso?

LUC.—Ahora, todos al estribo, y en cuanto el tren pare, nos apeamos, y a buscar el auto. El tren está al llegar a Alcázar.

PED.—¡Andando! (*Se dirige a la portezuela y la abre, en tanto que Luciano aminora la luz. Los tres salen, y Antonio, que es el último, vuelve el cuerpo hacia dentro y se le ve echar el pestillo. Luego, habilidosamente, corre el cristal desde fuera. Una pausa. Suena el silbato del tren, y si es posible, se imitará el ruido de rodar sobre los discos y el de los frenos al parar.*)

UNA VOZ.—¡Alcázar! ¡Quince minutos! ¡Fondaaaaa!...

OTRA VOZ.—¡Cuchillos! ¡Navajas!

TELON LENTO

ACTO TERCERO

CUADRO CUARTO

LA REDACCION DE "LA TARDE"

Sala de Redacción del diario madrileño "La Tarde". Cuatro mesitas individuales en las esquinas. Y en el centro otra mayor, con periódicos numerosos de Madrid y provincias. Sobre dos de las mesas, las correspondientes al lado de la derecha, se verán telegramas cerrados, y otros ya abiertos y amontonados. En la mesa izquierda primér término, está sentado Ernesto, el redactor-jefe. En la del fondo del mismo lado, Juanito, reportero de sucesos, que escribe febrilmente. Periodista 1.º está en la mesa del primer término derecha, redactando telegramas. La mesa del fondo está vacía. Sobre la mesa de Ernesto, un teléfono. En las paredes, colgados, algunos pinchos y ganchos, de los que cuelgan distintos manojos de periódicos madrileños. Son las doce del día.

ERN.—(*A Juanito.*) No hay más remedio que forzar la máquina. La gente espera ansiosamente la salida de nuestro periódico, y hay que pisarles la información a todos los demás. Si no aprovechamos esta ocasión, yo no sé a cuándo vamos a esperar

para demostrar que todos los que aquí trabajamos somos unos verdaderos periodistas.

JUANITO.—Ya ve usted que yo estoy haciendo todo lo que puedo y un poco más. Pero el suceso está envuelto en un misterio absoluto. En la Dirección están trabajando como leones, pero no tienen orientación. Me consta que han salido entre ayer y hoy muchos automóviles con direcciones diversas, para ver si dan con una pista de los criminales.

PER. 1.º—Un poco difícil creo yo que está eso. A estas horas, transcurridos ya tres días del suceso, sabe Dios en qué sitio estarán ya esos asesinos.

ERN.—Pues yo tengo confianza en que todo se descubrirá. No sé por qué, pero creo que ese crimen no quedará impune.

JUANITO.—No quieren convencerse en la Dirección, que la prensa es su más poderoso auxiliar en estos casos. La divulgación detallada de todos los antecedentes y circunstancias del hecho, lejos de servir de aviso a los criminales, es el acicate de la opinión pública, que aviva la curiosidad.

ERN.—Curiosidad un tanto morbosa...

JUANITO.—Sí; un tanto morbosa, desde luego, pero que tiene la ventaja de despertar en cada ciudadano esa otra cualidad universal que a las de poetas, tontos y locos, vino a sumar la labor de Rafles, de Serlok Holmes y de tantos otros personajes hijos de Rocambole y demás compañeros de andanzas policíacas y de ladrones. Así es como cada español lleva dentro, aun sin él saberlo, un detective famoso, y en cuanto surge un hecho de misterio, ya tiene usted a la mayoría haciendo deducciones, desmenuzando conjeturas, reconstituyendo el crimen y buscando, entre cuantos pasan a su lado, un rasgo fisonómico, un detalle cualquiera que los ponga sobre la pista.

PER. 1.º—Sobre la pista de... Price o del Americano.

JUANITO.—Mira, no empieces ya a hacer chistes malos. Te advierto que estoy hablando en serio.

ERN.—Pero, en definitiva, ¿hay algo nuevo esta mañana?

JUANITO.—No sé..., no sé... Quizás...

PER. 1.º—No te hagas el interesante, y cuenta lo que sepas. ¿Es que están detenidos los autores? ¿Se sabe quiénes son, o se sospecha, al menos, los asesinos?

ERN.—Déjalo trabajar, Luis. (*Llamando al teléfono.*) Oiga, Gómez: ¿qué fotografías ha traído usted del suceso?... ¿Ninguna? Eso no puede ser. Hay que publicar esta noche tres o cuatro grabados del suceso... Bueno, bueno. Eso es otra cosa. Pues vaya usted ahora mismo. Yo no voy a casa a cenar... Sí, sí; estaré aquí todo el día. (*Cuelga el auricular; claro está que este teléfono es interior, o sea para el servicio de la dependencia del periódico; en uno de la central urbana no habrían contestado hasta después de terminar el acto.*)

JUANITO.—Yo tengo por ahí dos o tres sabuesos buscándome noticias y retratos. Y en cuanto termine estas cuartillas, me iré a la Dirección. Desde luego, Ernesto, puede usted contar con los retratos de las víctimas y algunas fotografías más, que pueden resultar interesantes, de todos los que tomaron parte en el descubrimiento. Esté usted seguro de que saldremos hoy mejor que nadie, y que se nos agotarán todas las ediciones.

ERN.—Así debe ser, y así será.

ORD.—(*Entrando.*) ¿Se puede, don Ernesto?

ERN.—Adelante.

JUANITO.—¿No han llamado al teléfono, preguntando por mí?

ORD.—No, señor. Ya estamos al cuidado.

ERN.—¿Qué hay?

ORD.—Un individuo que quiere hablar con usted. Me ha dicho que no le conoce...

ERN.—Pues dígale que no estoy. Que salí anoche para Lima o Guatemala.

ORD.—Es que viene, según ha dicho, a hablar del crimen...

JUANITO.—¡Que pase! ¡Que pase en seguida! A ver si nos da una pista.

ERN.—Sí, sí; que entre. (*Vase el ordenanza.*) (*Llamando al teléfono.*) ¿Está ahí el señor Gómez?... Bueno. Que se prepare, por si hay que tirar unas placas. (*Cuelga el aparato.*)

PED.—(*Viene afeitado, y con una gorra. Desde la puerta.*) ¿Dan ustedes su permiso?

ERN.—Entre usted. ¿Usted sabe algo referente al asalto del correo expreso?

PED.—Yo creo que sí... Vamos, puede que sean suposiciones mías; pero me parece que no.

JUANITO.—Diga, diga.

PED.—Pues verán ustedes. Estaba yo la madrugada del crimen en la Glorieta de Atocha, cuando vi un auto que se detenía. Bajaron de él cuatro hombres, cuyas señas no puedo dar, porque estaba muy obscuro, y se quedaron un rato parados.

ERN.—¿Se fijó usted en el número del auto?

PED.—No, señor. Ya le he dicho que estaba muy obscura la noche.

JUANITO.—¿Y qué hicieron esos individuos?

PED.—Pagaron el auto y se fueron para donde yo estaba. "Buenas noches", me dijo uno de ellos, que tenía acento gallego. "¿Puede usted decirnos si encontraremos un sitio donde comer?" "A estas horas—les dije—no hay nada abierto en Madrid, el gobernador lo tiene prohibido." "¿Y vamos a emprender el otro viaje sin tomar algo?", dijo entonces uno, así, de mi tipo, pero con bigote y bien trajeado. "¿Y qué quieres que le hagamos?", contestó el otro. "En el camino nos será más fácil encontrar algún ventorro abierto." Y como pasara

por allí un auto vacío, se adelantó uno de los cuatro y lo paró. Habló un momento con el *chauffeur* y luego llamó a los otros.

ERN.—Eso que usted nos cuenta es muy interesante. ¿Y qué camino tomaron?

PED.—Se fueron hacia la Cibeles. Aunque yo estaba un poco retirado, como tengo el oído muy fino, me pareció que el *chauffeur* dijo al que estaba contratando el servicio: "Yo no sé si podremos estar en Zaragoza antes de las doce del día."

JUANITO.—¿No puede usted darnos las señas de los cuatro?

PED.—Lo único que pude apreciar es que iban bien vestidos, con sombrero flexible, y que los cuatro tenían bigote, y uno hasta creo que llevaba barba.

ERN.—¿Ha declarado usted todo eso ante la policía?

PED.—¡Ca! ¡Ni quiera Dios! Yo vengo a decírselo a ustedes por si quieren publicarlo, y ayudar a la justicia a que ese crimen tan bárbaro no quede sin castigo.

JUANITO.—¿Y qué inconveniente tiene usted en declarar todo eso ante la policía y el juez?

PED.—Uno muy importante: evitarme molestias. Ya sabe usted lo que pasa. Lo traen a uno y le llevan, venga citaciones, y más citaciones, y ahora, a declarar, y luego un careo... En fin, que pierde uno el jornal de muchos días, y luego nadie le indemniza. No, señor, no; si ustedes quieren publicar esto, lo hacen, y si no, lo dejan. (*Dirigiéndose hacia la puerta.*)

ERN.—Bueno, hombre. Pero le haremos a usted un retrato...

PED.—¡Quite usted de ahí! ¡Buena es la policía! En cuanto ustedes publicaran mi retrato en su periódico, al día siguiente estaba yo cogido. Y ya les he dicho que soy un trabajador, y no puedo perder el jornal.

ERN.—Pues díganos, al menos, cómo se llama usted...

PED.—(*Le mira con recelo, y se echa a reir de buena gana.*) Por lo visto, usted cree que yo soy tonto.

ERN.—Bueno, bueno. Siga usted con su misterio.

PED.—Conque, hasta otra vista.

ERN.—(*Deteniéndole un momento.*) Una pregunta.

PED.—(*Receloso.*) Usted dirá.

ERN.—¿Y usted cree que fueron esos los asesinos?

PED.—¡Hombre, yo creo que sí! Pero yo no tengo una seguridad absoluta. Y me voy, que se hace tarde. Vaya, adiós.

JUANITO.—Vaya usted con Dios.

ERN.—Adiós. (*Mutis de Pedro. A Juanito.*) Después de todo, hay que reconocer que tiene razón en no querer que se diga su nombre. Voy a hacer un suelto diciendo que es urgente modificar los procedimientos de investigación judicial y policíaca, a fin de evitar casos como éste.

JUANITO.—Ya ve usted; si ese individuo que acaba de salir hubiera dicho ante las autoridades todo eso que sabe, el día mismo del crimen, es lo más probable que se hubiera cogido a los asesinos.

ERN.—(*Hablando al teléfono.*) ¡Oiga! ¿Es el regente?... Ahora le entregarán a usted unas cuartillas, cuyo título dice: "¿Están los asaltantes del correo en Zaragoza o Barcelona?" Que lo compongan con negritas, a doble columna, y entre dos filetes grandes, para que resalte bien; y el título lo mayor posible. El cuadro que forme, lo colocan ustedes en el centro de la plana. Dígaselo al confeccionador, de mi parte... No, no tardo en enviárselas. Voy ahora mismo a redactarlas. (*Cuelga el teléfono.*)

ROD.—(*Entrando. Es un pollito aprendiz de periodista.*) ¡Notición! ¡Notición!

ERN.—¿Qué pasa? ¿Han cogido a los autores del crimen? ¿Se ha encontrado el dinero robado?

ROD.—¡Ah! ¿Pero ha habido crimen?

JUANITO.—¿Pero de dónde viene usted, que no sabe nada de la noticia del día?

ROD.—Pues de Murcia. He llegado esta mañana. Y como yo, en viaje, no leo periódicos...

JUANITO.—Claro. ¿Para qué? ¿Y cuál era ese notición?

ROD.—(*Un tanto cortado.*) Que La Chelito se ha casado. (*Todos ríen.*) No se rían ustedes, que me lo ha dicho uno que ha sido testigo de la boda.

JUANITO.—Algún guasón.

ROD.—No; que se lo estaba contando Luis de Tapia a Gillis y a Juan Belmonte, en el café de Molinero. (*Nuevas risas.*)

CAR.—(*Otro redactor de "La Tarde", joven y apuesto.*) ¡Salud y pesetas! ¿Te acordaste (*a Ernesto*) de dejarme las butacas del Centro para esta noche?

ERN.—No me acuerdo. Me traen ustedes loco con los vales de los teatros.

CAR.—Es un compromiso. ¿Sabes? Un compromiso gordo. Se trata de una dama.

JUANITO.—¿No se tratará de algún torero?

CAR.—No, hijo. Ya sabes que yo no soy revistero más que en la plaza. En cuanto termina la corrida, ya no me ocupo de toros hasta la corrida próxima.

ERN.—Y así vas tú de atrasado de noticias. Los demás periódicos te las pisan todas.

ORD.—¿Quiere usted que haga algo? ¿Escribo alguna crónica?

ERN.—¡No! Ayúdele a aquél a hacer telegramas. (*Rodríguez se sienta en la misma mesa que el periodista primero y enfrente de él, y ambos se ponen a escribir. Carlos se sienta en la mesa grande, y va ojeando periódicos.*)

ORD.—Dos golfillos quieren hablar con el Director.

ERN.—¡A ver si éstos traen también noticias interesantes del crimen! Que entren aquí. (*Dando al ordenanza unas cuartillas que ha estado escribiendo*

antes.) Esto que lo bajen a la imprenta. (*A Juanito y periodista* 1.º) Dad al ordenanza las cuartillas que estén hechas para que las vayan componiendo. (*El ordenanza va de mesa en mesa recogiendo las cuartillas que le entregan ambos, y hace medio mutis, volviendo y dejando paso al Pelanas y La Piquitos. Ella entra un poco azorada.*)

PEL.—(*Al ordenanza.*) ¿Cuál es el Director?

ORD.—(*Señalando a Ernesto.*) El Director no está; pero hablen con el redactor-jefe. (*Vase el ordenanza.*)

PEL.—Servidores de usted y de estos señores.

ERN.—¿Qué traéis por aquí?

PIQ.—(*Al Pelanas.*) Primero, preséntame.

PEL.—(*A La Piquitos.*) Antes me presentaré yo. Yo soy El Pelanas, ¿sabe usted? Establecido, desde hace tres años, en el negocio de colillas. Aquí es mi socia, La Piquitos.

JUANITO.—¡Vaya un par de pájaros! A vosotros os he visto yo en la Comisaría bastantes veces.

PEL.—(*Volviéndose y mirándole, lo mismo que Piquitos.*) Toma, y yo a usted también. ¿Verdad, Piquitos?

JUANITO.—Pero es que vosotros ibais detenidos por bolsilleros...

PIQ.—¿Has oído, Pelanas? Dice que por bolsilleros... Si siempre que nos han trincao no ha sío más que por sospechas...

PEL.—(*Muy digno.*) Y luego nos han soltao y nos han dicho: "Ustedes dispensen, que ha sío una confusión. Que ustedes lo pasen bien, y hasta otro día."

PIQ.—Y hoy lo que traemos es una cosa...; pero que no la decimos mientras no nos retraten. ¡Ay, que yo no me he retratao nunca y estoy loquita por salir en los papeles!...

PEL.—(*Con su habitual aire de importancia.*) ¡Las mujeres sois toas iguales! Con decirle a usted, señor

periodista, que ha querío que hiciéramos los dos un crimen pasional, pa ver si salíamos en los periódicos!...

PIQ.—¿Qué? ¿Nos van a retratar?

ERN.—Pero ¿vosotros sabéis algo del crimen del corre expreso?

PIQ.—(*Al Pelanas.*) ¿Pero tú oyes? ¿Que si sabemos algo?

PEL.—(*Con aire misterioso.*) Lo sabemos too...; pero too... Nosotros hemos estao hablando con los asesinos. Verá usted. Estábamos yo y ésta, la otra noche, en el "Churro-Park..."

PIQ.—¡No digas na hasta que nos retraten, Pelanas! (*Enseñando sus vestidos y contoneándose.*) ¡Y que traigo lo mejorcito de mi guardarropa!

ERN.—(*Llamando al teléfono.*) ¿Está Gómez? Que baje con la máquina, para hacer unos retratos, que se han de publicar esta noche. (*La Piquitos salta y brinca de gozo.*) Ea, ahora vamos a oir lo que vosotros sabéis del crimen.

PIQ.—Habla tú, Pelanas, que yo m' azaro y m' atraganto. Y como tú eres tan leío y tan escribío...

PEL.—Pues como iba diciendo, yo y ésta estábamos, de madrugada, en el "Churro-Park", que es lo mejorcito de su clase de too el barrio de Lavapiés...

ERN.—¿Y por qué le llamáis "Churro-Park"?

PIQ.—¡Hombre, pues está muy clarísimo! Lo de churro, porque allí venden churros, y lo de park, digo yo que será porque el café es una porquería.

PEL.—Diga usted que no es por ahí, sino que tienen al lao del mostraor dos latas de petróleo con plantas, y el "Aceitaso", que así le llaman al dueño, dijo un día que con tantos árboles, aquello parecía un parque.

ERN.—Bueno, bueno. Adelante con el cuento.

PIQ.—(*Muy ofendida.*) ¡Que no es cuento, señor! ¡Que es la verdad purísima!...

PEL.—¿Quieres callarte, Piquitos? Al grano. Estábamos yo y ésta en el "Churro-Park", y como acabáramos de tomarnos cinquito de café y diecito de churros pa los dos, pues nos queamos dormíos; vamos, roques perdíos...

PIQ.—Desigencias de la digestión...

PEL.—¡Que te calles, Piquitos! De pronto nos despertamos...

PIQ.—Y yo le digo a éste: "¡Ay, Pelanas! Que me paece que nos hemos caído; porque ha de saber usted que, como iban de señoritos y hablaban tan bajito, pues creímos que eran de la "secreta"... Vamos, de la "poli".

PEL.—(*Mira a La Piquitos autoritariamente, y ésta enmudece.*) Eran cuatro hombres, que estaban bebiendo aguardiente...

PIQ.—Y tomando churros... Sí, señor; lo vi yo... lo vi yo...

ERN.—¡Vaya! ¡Largo de aquí, que nos estáis tomando el pelo!...

PEL.—(*A Piquitos.*) ¿Lo estás viendo? ¡Si te estaba diciendo que te callaras! (*A Ernesto, con tono suplicante.*) ¿Sigo, señor periodista? Mire usted que ahora viene lo güeno...

PIQ.—¡Como que entonces comenzó el crimen!...

ERN.—(*Imitando a Pelanas.*) ¡Cállate, Piquitos! ¡Cállate, Piquitos! Y sigue tú; pero aprisa, porque no estamos para perder el tiempo.

PEL.—Pues es el caso, que yo y ésta, temerosos de que fueran de la "poli", y ¡como nos tienen entre ojos! nos escabullimos; pero ésta me dijo...

PIQ.—Fuí yo y le dije: "Vamos a estarnos aquí, por si no son de la "poli", y cae..."

PEL.—¡Piquitos! Que puen creer estos señores que nosotros somos ladrones... ¡Nos queamos allí pa ver lo que pasaba. Y poco después llegaban uno y una, y nosotros escuchando en la puerta, y por poco se pelean...

PIQ.—Y nosotros escuchando... Y uno de ellos le dijo al otro: "¿Qué vas a hacer? No es esta ocasión pa hacerse visible."

PEL.—Los cuatro que había dentro salieron muy de prisa, y mirando pa atrás, a ver si los seguía alguien, y luego salió el que vino con la otra, y después salió la otra y tomó un coche y se quedó esperando, y luego volvió el otro y se metió en el coche... Y ya está.

ERN.—¿Y hacia dónde se fueron?

PEL.—¿Los del coche?

ERN.—No. Los otros cuatro...

PEL.—Pues... no lo sé. Pero, al saber que se había cometido un crimen, yo y ésta pensamos: "¿Serían aquéllos de la churrería los cuatro asesinos?

PIQ.—Y como han ofrecido un premio mu gordo...

ERN.—¿Pero los reconocerías si los vierais?

PIQ.—¡Toma! ¡Ya lo creo!

PEL.—¡Y menudos fisonomistas que somos yo y ésta!

ERN.—Pues, ¡hala!, a retratarse. Rodríguez, suba usted con éstos y que les haga Gómez una foto.

PIQ.—(*Más contenta que unas pascuas.*) ¡Ay, Pelanas! ¡Que me paece que me voy a salir con la mía! ¡Que voy a salir en los papeles!

ROD.—Vamos. Vamos...

PIQ.—Muchas gracias, señor periodista..., muchas gracias.

PEL.—¡Piquitos!... ¡Mira tú que si ganáramos el premio!

PIQ.—Lo primero que hacía era ir a que me retratara don Alfonso, el fotógrafo. (*Hacen mutis, muy alegres, despidiéndose de todos con grandes zalemas.*)

ORD.—(*Entrando.*) Un hombre jorobado, que desea hablarle. Dice que es "El Dromedario", vendedor de décimos.

ERN.—Que pase. (*Vase el ordenanza.*) No me van a dejar hacer tres líneas seguidas. (*A Juanito.*) ¿Has acabado ya eso?

JUANITO.—En este momento lo termino. (*Acabando de escribir y levantándose, entrega a Ernesto unas cuartillas.*) Usted le pondrá los títulos y las cabezas, ¿no?

ERN.—Desde luego.

(*Entra Dromedario, pero con la particularidad de que viene más derecho que una vela. Vamos, que se ha dejao la joroba en la puerta.*)

DROM.—¿Hay permiso?

ERN.—Adelante. (*Notando la falta de la joroba.*) ¿Pero, chico, te has operado? ¿Y la joroba?

DROM.—En casa, y a su disposición. Yo no me pongo eso, más que cuando salgo a vender lotería.

JUANITO.—Tiene gracia.

DROM.—A mí no me hace gracia, que me molesta mucho. Pero está visto que en Madrid no venden décimos más que las jóvenes que dejen al parroquiano que les toque, por lo menos, la aproximación, y los que tienen giba. ¡Hay tantos andaluces en este Madrid! Y que los madrileños no son más que andaluces con *ese*.

JUANITO.—¿Andaluces con *ese*?

DROM.—Que en lugar de decir ¡la pértiga!, pues van y dicen ¡la pérstiga!... Pero, en fin, a lo que venía. Yo, don Ernesto, sé quiénes son los asesinos de los ambulantes de Correos.

ERN.—¡A ver! ¡A ver!...

DROM.—Yo sé, por lo menos, de un amigo de Fernando, uno de los asesinados, que es un jugador de ventaja, y muy malita persona, y que la noche del crimen no apareció por su casa, hasta las seis de la mañana. Y además no vivía solo últimamente, sino que le acompañaba otro de su misma clase, y que entró con él y con otros dos en su casa. El uno traía en la mano un maletín y el otro un portamantas.

ERN.—Juanito. Ahora mismo. Vaya con éste a la Direc-

ción. Y usted se viene para la Redacción en seguida. ¡Ah! Que vaya Gómez con ustedes y que impresione una placa en el momento en que Dromedario hace la confidencia, y que haga otra foto de la casa donde dice éste que vió entrar a los asesinos. ¡Mucho cuidado con que se aperciban los reporteros de los otros periódicos! ¡Vamos! ¡Pronto! (*Ambos salen de estampía.*) (*A Carlos.*) Tú, ves haciendo una entrada para la información. (*Descolgando el teléfono.*) Regente, ¿me oye? Una titular a toda plana, que diga: "Los asesinos del correo expreso están en Madrid." (*Colgando el teléfono y volviendo a descolgarlo febrilmente, después de llamar.*) ¡Gómez!—¿Qué?—¿Se ha ido ya con esos?—¡Bien, bien!—(*A Carlos.*) Escribe.

CAR.—(*Disponiéndose.*) Venga.

ERN.—(*Dictando y paseándose nerviosamente.*) "Una vez más, la prensa..."

(*En la puerta van apareciendo las caras llenas de curiosidad del ordenanza, el regente de la imprenta, con su blusa, y un puñado de pruebas en la mano, y dos figuras más.*)

ORD.—(*Al entrar.*) ¿Es cierto que se sabe ya dónde están los asesinos?

REG.—¿Pero han caído al fin los salteadores?

ERN.—(*Imponiendo silencio.* ¡Psch! (*Sigue dictando, mientras va cayendo muy lentamente el telón.*) "Una vez más, la prensa madrileña se convierte en auxiliar poderosísimo y desinteresado de la justicia. Los sanguinarios asaltantes del correo expreso son ya conocidos..."

TELON Y CUADRO

CUADRO QUINTO

EL "PISTOLETAZO"

Escena partida. A la izquierda, pasadizo con dos puertas en primero y segundo término. En el fondo de este mismo pasadizo o pasillo ancho, puerta que se supone es la entrada del piso. Una percha y cuatro sillas constituyen todo el mueblaje. A la derecha, al fondo lateral, otra puerta, y de comunicación otra puerta, por la que se pasa al lado derecho de la escena, que constituye una salita modestamente amueblada, en la que habrá una cómoda, y sobre ella algunos retratos y un par de floreros de poco precio, sillas y un sofá de enea. En el fondo, centro, una puerta cerrada por una cortina. En las paredes algunos cromos, todo, repetimos, muy modesto.

Al levantarse el telón está la escena sola. Es de noche, y no habrá encendida luz alguna, entrando claridad por el montante de la puerta que se supone la entrada al piso y que está al fondo del sector izquierdo. Una pequeña pausa y se abre la puerta del primer término, entrando Clavellina. Se aproxima al conmutador y da luz en esta habitación. Se procura que la puerta de comunicación del tabique esté abierta, viéndose entonces, por la luz que refleja, la habitación contigua.

CLAV.—(*Con señales de viva ansiedad se sienta en una silla y llora. Se levanta rápidamente.*) ¿Eh? ¿Quién anda en esa habitación? (*Se va a refugiar en la alcoba.*)

(*Muy silenciosamente, se ve en la puerta del fondo del pasillo que alguien mete una llave en la cerradura, le da vuelta, y la puerta se abre poco a poco, entrando al fin, y con muchas precauciones, Antonio. Vuelve a cerrar la puerta y corre el cerrojo, todo con mucha precaución.*)

ANT.—(*En voz muy apagada.*) ¡Clavellina! ¡Clavellina! Soy yo. No tengas miedo. (*Clavellina, que ha quedado paralizada de terror, retrocede al encuentro de su marido.*) ¡Pobre Clavellina mía!... ¡Qué malos ratos estás pasando por mi culpa!...

CLAV.—(*Llorando.*) ¿Pues, y tú? ¿Es que tú no sufres tanto o más que yo? ¡Antonio! ¿Por qué has hecho eso?

ANT.—(*Acariciándola.*) ¡No pensemos ahora en ello! Lo hecho, hecho está, y no hay que acordarse más! ¿Te habías acostado?

CLAV.—¿Para qué? Desde aquella noche maldita no puedo dormir, por más esfuerzos que hago.

ANT.—¡Pobre Clavellina!

CLAV.—Ni un momento se aparta de mi memoria todo lo que pasó aquella noche horrible, que será tu perdición y la mía. Me parece que es ahora mismo cuando veo abrirse aquella puerta, y entráis en esta habitación, y oigo cómo aquellos hombres van refiriendo lo que hicisteis... Aun retumba en mis oídos la voz seca y dura del Luciano y la risa espeluznante del Pedro, que intentaba calmar tu desazón..., tu miedo... Porque tú tenías miedo..., mucho miedo de lo que habíais hecho, ¿verdad, Antonio de mi alma?

ANT.—Más que miedo, tenía y tengo una angustia muy grande..., una comezón que no me deja un momento..., algo así como si una mano muy dura y muy fuerte me tuviera sujeto el corazón.

CLAV.—Es que tú no eres malo, no, Antonio. ¡Tú eres bueno, y asesinar así a dos hombres, a dos ami-

gos..., es muy fuerte!... ¡Hace falta tener la sangre de hiena y el alma de tigre, para no sentir remordimientos!...

ANT.—¡Calla! (*Con cierta firmeza.*) ¡Calla, y no me atormentes más! ¿No ves que cuando te oigo se me sube a la garganta una cosa que..., que... no sé si matarte o echarme a llorar como tú? Clavellina, tengo remordimientos, unos remordimientos atroces..., y yo no debía sentir eso..., ¿verdad que yo no debía sentir eso? Eso está bien para los hombres honrados, y no para los granujas..., para los... asesinos como yo. (*Muy abatido, se cubre la cara con las manos.*)

CLAV.—(*Echándole los brazos al cuello.*) ¡Vamos, Antonio, no te pongas así!... Ten valor... Ya sabes que yo no he de delatarte..., que me harán pedazos, y no saldrá nunca de mis labios la verdad..., esa verdad cruel..., esa verdad... ¡Vamos, hombre, tranquilízate! Hablemos un poco... ¿Qué piensas hacer?

ANT.—(*Serenándose ante la evocación del peligro.*) Huir... Hacer lo mismo que los demás... Así lo acordamos aquella madrugada, durante el regreso. Pedro se ha encargado de procurarnos los pasaportes, con nombres supuestos. ¡Como él tiene muchas relaciones!

CLAV.—¿Y Andresín?

ANT.—Ayer y hoy hemos estado reunidos. A ese no le cogen. Por lo menos, él está muy tranquilo. Va a la oficina, habla del crimen como si tal cosa... ¡Cuánto daría yo por tener esa sangre fría! ¡Yo no tengo carácter, no sirvo para esta inquietud constante..., para esta angustia... ¿Se habrán enterado ya?, me pregunto a cada paso. ¿Vendrán a cogerme? Si voy por la calle y veo un guardia o un civil que me mira, el corazón se me paraliza y me quedo... (*Queda suspenso, porque se oye*

hablar en la escalera. Descompuesto.) ¡Ah! ¡Debe ser la policía! ¡Si no es posible que esto quede oculto!... (*Una pausa. Clavellina, andando de puntillas, va a la puerta del piso y escucha. Antonio, desde la puerta de comunicación, está anheloso, aterrado.*)

CLAV.—(*Desde la misma puerta le hace señas de que no hay peligro, y vuelve hacia la salita.*) Nada. Eran los del quinto A que, seguramente, venían del teatro... Anda, dime: ¿qué es lo que piensas hacer?

ANT.—No sé..., no sé. Estoy desesperado... ¡Si estuviera aquí Pedro!...

CLAV.—¡Maldito sea él, y el otro, y el otro..., y todos los malos amigos que te llevaron a este trance! El robar... no tiene importancia... Pero matar a otro hombre..., asesinarlo..., sentir cómo su vida se escapa entre las manos de uno, y cómo la sangre...

ANT.—¡Calla!... ¡Calla, o no respondo de mí! (*Queda otra vez abatido tras un ramalazo de furia y terror mezclado.*) Mira, hemos descubierto que por el ventanillo de la cocina se pasa al desván de la casa de la espalda, con sólo atravesar dos metros de tejado. Pedro me enseñó el camino. Si vienen a prenderme, por allí huiré. Tú, entretenlos aquí, mientras yo escapo...

CLAV.—(*Más para tranquilizarle que por convencimiento.*) Bueno es tenerlo presente; pero ahora no hay que pensar en eso.

ANT.—Déjame. No tengo gana de nada.

CLAV.—(*Insistiendo cariñosamente, y casi levantándole abrazado.*) Que sí, que tienes que tomar aunque sea un poco de café bebido... (*Llevándosele hacia la puerta del segundo término de la izquierda. Ella, al salir, apaga la luz, quedando iluminada tan sólo la habitación por la luz de la salita que, na-*

turalmente, encendieron a su tiempo, y pasa por la puerta de comunicación del tabique de separación. Suenan golpes en la puerta del piso. Una pausa. Se repiten los golpes. Clavellina, con cara de terror, sale por donde entró y se acerca a la puerta.)

CLAV.—¿Quién llama?

UN POL.—(*Desde fuera.*) La policía. Abra usted inmediatamente.

CLAV.—Voy, señores, voy ahora mismo. Permítanme que me eche una falda, porque estaba acostada. (*Con ansiedad mira hacia la puerta, va a la cocina y sale. Nuevos golpes.*)

POL. 1.º—Abra o echamos la puerta abajo. Sin excusa ni pretexto.

CLAV.—Voy, señores, voy en seguida. (*Saliendo y dirigiéndose otra vez a la puerta. Descorre el cerrojo y abre.*)

POL. 1.º—(*A otros, que se supone están en la puerta.*) Que vigilen bien todas las salidas. (*Entra seguido del policía 2.º. En la puerta se ven dos agentes más.*) ¿Dónde está su marido? Pronto.

CLAV.—¿Mi marido?

POL. 1.º—Sí, su marido, o lo que sea. Sabemos que está aquí. Alguien le ha visto entrar.

CLAV.—(*Con aplomo.*) Pues les han engañado a ustedes. Mi marido no está en casa.

POL. 1.º—Vamos a verlo ahora mismo. (*Dirigiéndose a su compañero y a otro de los que están a la puerta.*) Entre uno de ustedes y que el otro quede a la puerta. Ustedes dos practiquen un registro minucioso. (*El policía 2.º y el otro van entrando en todas las habitaciones y saliendo poco a poco, pero sin precipitaciones y cuando lo marca el diálogo.*) Hablemos nosotros, señora.

POL. 1.º—(*Sentándose. Ella hace lo mismo.*) ¿Dónde está su marido?

CLAV.—Pues no lo sé.
POL. 1.º—Eso no es verdad.
CLAV.—Le repito a usted que no lo sé. Mi marido trabaja en lo que sale, unas veces en el juego y otras de camarero. Como el trabajo anda muy malo, cuando le hablan de ir a cualquier provincia, pues acepta y se marcha.
POL. 1.º—¿Y afirma usted que ahora está fuera de Madrid?
CLAV.—Sí, señor. (*Salen los policías.*)
POL. 1.º—¿Nada?
POL. 2.º—Nada.
POL. 1.º—Continúen ustedes el registro, que no quede ni un rincón sin escudriñar. (*Vanse por otra puerta.*) ¿Y en qué sitio se encuentra ahora su esposo?
CLAV.—No lo sé.
POL. 1.º—Eso es imposible. ¿Acaso se ausenta así un hombre, sin decir a su mujer adónde se dirige?
CLAV.—El tiene esa costumbre. Como sus ausencias son siempre de pocos días.
POL. 1.º—Por corta que sea una ausencia, se escribe, notificando la llegada..., indicando el hospedaje... ¿Y si a usted le ocurriera algo?
CLAV.—Pues me aguantaría, como he hecho otras muchas veces. Además, a mí no me ocurre nada. Yo no me trato con nadie, no voy a ninguna parte... Cuando él no está aquí no salgo nunca de mi casa.
POL. 1.º—(*Viendo salir a los otros dos.*) ¿Tampoco?
POL. 2.º—Tampoco. No se ve nada que merezca la pena.
POL. 1.º—(*A Clavellina.*) ¿Adónde conduce esa puerta? (*Señalando a la de la alcoba.*)
CLAV.—A nuestra alcoba.
POL. 1.º—(*A sus compañeros.*) Entren y miren bien.
CLAV.—Le repito que en la casa no hay nadie más que yo.

POL. 1.º—Continuemos, mientras esos señores registran. Vamos a ver. Al menos, sabrá usted qué día salió de Madrid su marido...

CLAV.—Eso sí lo sé. Mi marido se fué hace quince días.

POL. 1.º—¿Y adónde?

CLAV.—¿No le he dicho que lo ignoro? A la fuerza he de saber yo lo que nunca he sabido.

POL. 1.º—No es usted franca conmigo, y me voy a ver obligado a llevarla detenida.

CLAV.—Estoy pronta a seguirlo donde quiera; pero no puedo decirle lo que no sé.

POL. 1.º—¿A qué hora suele recogerse su marido por las noches?

CLAV.—Pero si hace quince días que no está en Madrid...

POL. 1.º—(*Viendo salir de la alcoba a los otros.*) ¿Infructuoso?

POL. 2.º—No se ve nada sospechoso.

POL. 1.º—¿Qué habitación es aquélla?

CLAV.—La cocina, señor. (*Con un poco de inquietud.*)

POL. 1.º—(*Después de observarla.*) Pues registren ustedes hasta en la chimenea. (*Vanse.*) ¿Tenía su marido amistad con un tal Fernando, empleado de Correos?

CLAV.—Cuando mi marido sale de casa no me dice nunca adónde va ni con quién se reune.

POL. 1.º—¿Por lo visto no es usted celosa?

CLAV.—(*Después de una ligerísima vacilación.*) No, señor.

POL. 1.º—Si en todo dice usted la verdad como en eso... Se le ha notado la mentira en la cara.

CLAV.—Puede ser. Eso le demostrará a usted que no sé mentir bien.

POL. 1.º—(*Notando que Clavellina mira ansiosamente a la puerta de la cocina.*) ¿Está usted inquieta?

CLAV.—(*Reponiéndose en el acto.*) ¿Por qué he de estarlo?

POL. 1.º—Como estaba usted un poco nerviosa...
CLAV.—A nadie le agradan estas cosas. ¡Digo yo!...
POL. 1.º—(*Viendo salir a los otros.*) ¿Tampoco se ha encontrado nada?
POL. 2.º—Tampoco. Veremos en aquella otra puerta. (*Por la del segundo término derecha.*)
CLAV.—Conduce también a la alcoba.
POL. 1.º—¿Y no tienen ustedes más habitaciones en este piso?
CLAV.—Para nosotros dos nos basta, y aun sobra.
POL. 1.º—(*Con intención.*) Y como además su marido casi nunca está con usted...
CLAV.—Razón de más...
POL. 1.º—Pues coja el mantón o el abrigo y síganos.
CLAV.—(*Un poco descompuesta, pero reponiéndose en seguida.*) ¿Y adónde quiere usted llevarme, si puede saberse?
POL. 1.º—A la Dirección. Es preciso que declare usted ante el jefe.
CLAV.—Pero si yo he dicho todo lo que sabía...
POL. 1.º—Pues se lo repite usted a él, y nada más. Andando.
CLAV.—Yo le juro, señor...
POL. 1.º—¡Andando!... ¡Andando!...
CLAV.—¿Podré dejar la llave a una vecina, por si viniese él en mi ausencia?
POL. 1.º—Si viene, que vaya a buscarla a la Dirección de seguridad. Así tendremos el gusto de verle la cara, que quizá la tenga arañada. Vamos.
(*Clavellina, sin hablar más, entra en la alcoba y sale en seguida, con un abrigo puesto y un velo en la mano. Mutis de todos, llevando delante a Clavellina. Se cierra la puerta y vuelve a quedar la escena sola; pero quedando encendidas las luces. A poco aparece por la puerta de la cocina Antonio. Entra pálido, demudado.*)
ANT.—¡Clavellina! ¡Clavellina! (*Entra en la alcoba co-*

mo loco, sale y recorre todas las habitaciones siempre llamándola con voz sorda, pero cada ve más fuerte. Sin gritos.) ¡¡Clavellina!!... ¡Se la ha llevado! (*Mira a todos lados con terror. Se dej caer en una silla, sollozando.*) Estoy perdido. (*S levanta. Va a la habitación de dentro, o sea l alcoba, y tras una pausa breve.*) ¡Clavellina! (*Sue na una detonación. En la escalera se oye ruido d voces; rueda de prisa la llave en la cerradura y se abre impetuosamente la puerta, entrando Cla vellina, a la que en vano tratan de contener el po licía 1.º y el 2.º*)

CLAV.—(*Forcejeando, para desasirse de los agentes.*) ¡Dejadme! ¡Dejadme! Ha sido él... ¡Mi Antonio! (*Entra en la alcoba, siempre seguida por los policías, y se la oye llorar desconsoladamente.*) ¡Antonio de mi alma! ¡Antonio! ¡Antonio!...

(*La casa se va llenando de curiosos, entre los cuales están El Pelanas y La Piquitos, que miran con ojos muy asustados. También está Pedro, con la gorra muy echada a la cara y confundido entre la gente, de modo que el público no se aperciba de su presencia.*)

POL. 1.º—(*Sacando a Clavellina de la alcoba.*) Vamos. Tranquilícese un poco. Hay que tener serenidad... Esto ya no tiene remedio.

CLAV.—(*Llorando desconsoladamente.*) ¡El era bueno! Fueron ellos... los malos..., los infames..., los asesi... (*Levantándose e irguiéndose con fiereza y resolución. Al policía.*) Lléveme usted ante sus jefes. Quiero declarar..., decir la verdad... El ha muerto. ¿Qué me importa a mí lo demás?

POL. 1.º—¿Cómo? Hable. Hable.

CLAV.—Que yo conozco a los asesinos..., a los asaltantes del coche-correo... Fueron ellos..., los amigos de mi Antonio..., ¡sus malos amigos!... (*El policía y la gente la escuchan con ansiedad, pendien-*

tes de sus labios. Pelanas y La Piquitos se habrán ido colocando a los lados de Pedro. Acercándose al policía 1.º *y cogiéndolo de los hombros.*) Uno es un tal Luciano Montejo...

POL. 1.º—¿Dónde vive?...

CLAV.—(*Sin hacerle caso.*) Otro se llama Andresín, y es un señorito... Y el otro... (*Pedro va a dirigirse a la puerta, y los dos granujillas le cortan el paso.*)

PEL.—¡El otro asesino es éste, señor Policía! (*Empujándolo entre los dos. Los agentes lo cogen y lo esposan rápidamente.*) ¡Lo he conocido yo!

PIQ.—Y yo... Lo vimos en el "Churro-Park..."

POL.—Andando. (*Sale hacia la habitación exterior, conduciendo a Clavellina, que pugna por ir otra vez a la alcoba, tras la que se le van los ojos y llorando sin cesar.*) (*Los otros policías ya han sacado de escena a Pedro. La Piquitos coge al Pelanas, y señalándole la alcoba*:)

PIQ.—Aprende, Pelanas, hijo mío. Aprende, que el ver esto, a los malos los hace buenos...

TELON

FIN DE LA OBRA

Precio: 1'50 Ptas.